

VI CERTAMEN DE CUENTOS

al margen



MARÍA P. PÉREZ HERRERO - RAMÓN CABRERA NAVEIRAS
MANUEL ANTONIO PÉREZ ACEDO - JAVIER ROMÁN MÍNGUEZ
JAVIER MILLÁN MAINAR - IGNACIO LAHUERTA LEAL

AL MARGEN

Certamen de Cuentos

MARÍA P. PÉREZ HERRERO

RAMÓN CABRERA NAVEIRAS

MANUEL ANTONIO PÉREZ ACEDO

JAVIER ROMÁN MÍNGUEZ

JAVIER MILLÁN MAINAR

IGNACIO LAHUERTA LEAL

Ediciones AL MARGEN

Valencia, Julio 2003

EDICIONES “AL MARGEN”. Nº 12

Edita: **Ateneo Libertario “AL MARGEN”**
C/ Palma, 3 bajo izq.
Tel. 96 392 17 51
46003 VALENCIA

Imprime: Grafimar, S. Coop. V.

Dep. Legal: V-3241-2003

Portada e Ilustraciones: Gus, Javi, Fermín, Rafa, Laudelino y Óscar.

ÍNDICE

PRÓLOGO	5
AL FINAL DE LA PLAYA	9
María Pérez Herrero	
LA MALA SOMBRA	27
Ramón Cabrera Naveiras	
LUCY, BOB Y EVE	45
Manuel Antonio Pérez Acedo	
MI VIDA	69
Javier Román Mínguez	
I LOVE TV	79
Javier Millán Mainar	
MUERTE ANUNCIADA	93
Ignacio Lahuerta Leal	

PRÓLOGO

¿Queréis un prólogo? Antes debo haceros una dolorosa confesión, aunque quizá coseche con ella más perplejidad que confianza. Yo rara vez leo un prólogo (empezamos bien).

Prologar un libro es intentar venderte una moto en la que no has subido todavía. Prefiero los epílogos que vienen después de haber dado un paseo con ella, si es que, aburrido, no la has dejado antes tirada en la mitad del camino. Pese a ello queréis un prólogo y si es brillante mejor. Bueno, sacaremos el Netol.

Presa del pánico escénico ante el folio inmaculado, hago lo mismo que cuando, acojonado, me sitúo delante del caballete con un lienzo en blanco, voy al water. ¿Será que el miedo y la inseguridad relajan los esfínteres? Nunca lo sabré. De vuelta al escritorio me asusta, me deslumbra la luz de la hoja desnuda frente a mí. Voy a echar mano de un buen amigo que me saque de este atolladero estéril, "compañero fiel que nunca falla, candil iluminador de oscuros conceptos, lucerna de significados, faro, norte y guía de palabras descarriadas", y abro el diccionario. Trémulas mis manos trasiegan páginas, el

índice recorre ansioso columnas de tinta que empiezan por P. Pl, Pr, Pro, Prole, Proletario, Prolijo ¡Lo encontré! ¡Prólogo! A ver qué pone... del griego Pro que quiere decir antes y Logos que viene a ser lo mismo que palabra o discurso. Concisando, prólogo significa palabras antes de las palabras. Como diría un pianista culto, la cosa tiene bemoles. Veamos si me aclaro, lo que se me está pidiendo, ni más ni menos, es que ponga palabras delante de otras palabras. O lo que viene a ser lo mismo, queréis que os cuente un cuento antes de leeros los cuentos, ¡masoquistas!

Se me está yendo la vida enmarcando, orlando obras. Un marco viene a ser como el prólogo de un cuadro, lo centra, lo presenta y en este caso hasta lo rodea. A veces, si el cuadro es malo, el marco -como el prólogo- intenta lavar vanamente la cara de la obra. Pero no es este el caso, los seis cuentos que os presentamos no precisan jabón que los suavice, ni orlas que los circunden y los vendan mejor. Lo único que piden a gritos es ser leídos sin demora y con premura. Cuando una historia precisa de otra historia para ser contada, es porque la segunda historia no se sostiene sin la primera.

Las narraciones de esta cosecha bianual no necesitan muletas preambulares para echar a caminar, andan por sí solas con paso firme y decidido.

Se quedaron en la implacable criba del jurado treinta y siete cuentos que no atravesaron su fino y sutil tamiz, algunos de ellos merecían, por calidad, haberse colado en el saco de los ganadores, pero una elección por nimia que sea siempre lleva implícita

una injusticia. Perdón por haberos vetado la entrada en este ficticio Parnaso, pero a estas alturas del camino ya debéis saber que las medallas colgadas al cuello lastran demasiado, estrangulan la honestad y, si pesan mucho, hacen bajar la cabeza tanto que sólo consiguen que te mires demasiado el ombligo.

Vinieron todos, los cinco laureados y también la premiada. Charlando, charlando les pusimos caras a los cuentos, voz a las letras y gestos a las palabras. Mezclamos complacidos las viandas con las conversas, y el vino y el humo acortaron los espacios con su presencia. Con el estómago agradecido, un diploma bajo el brazo para aumentar su autoestima, y la promesa de publicar su obra, partieron felices a sus casas. Los artistas que no pretendían medallas da gusto ver con que poco se contentan.

Podría ponerme tópico y decir, engolado, que hemos hecho un denodado y titánico esfuerzo para que vean la luz dichos cuentos, pero no, no encenderé esa vela. Podría autoinvestirme de prologuista cristiano y agradecido y espetaros que sin la inestimable ayuda y colaboración desinteresada y altruista de las personas que ciegamente han creído en el proyecto, esta nave nunca habría llegado a buen puerto. No lo haré, aunque voy tatuado no soy un cursi marinero. Podría hasta ponerme pedante sin dejar de ser pesimista y soltaros aquello tan manido de "corren malos tiempos para la lírica", en cambio, qué buenos son para la épica que anda blasonando de gules* el planeta, de barras y estrellas, con bigotito y bombín coronadas. Podría ponerme... pero mejor no me pongo. Y acabando que es gerundio y amanece. Pese

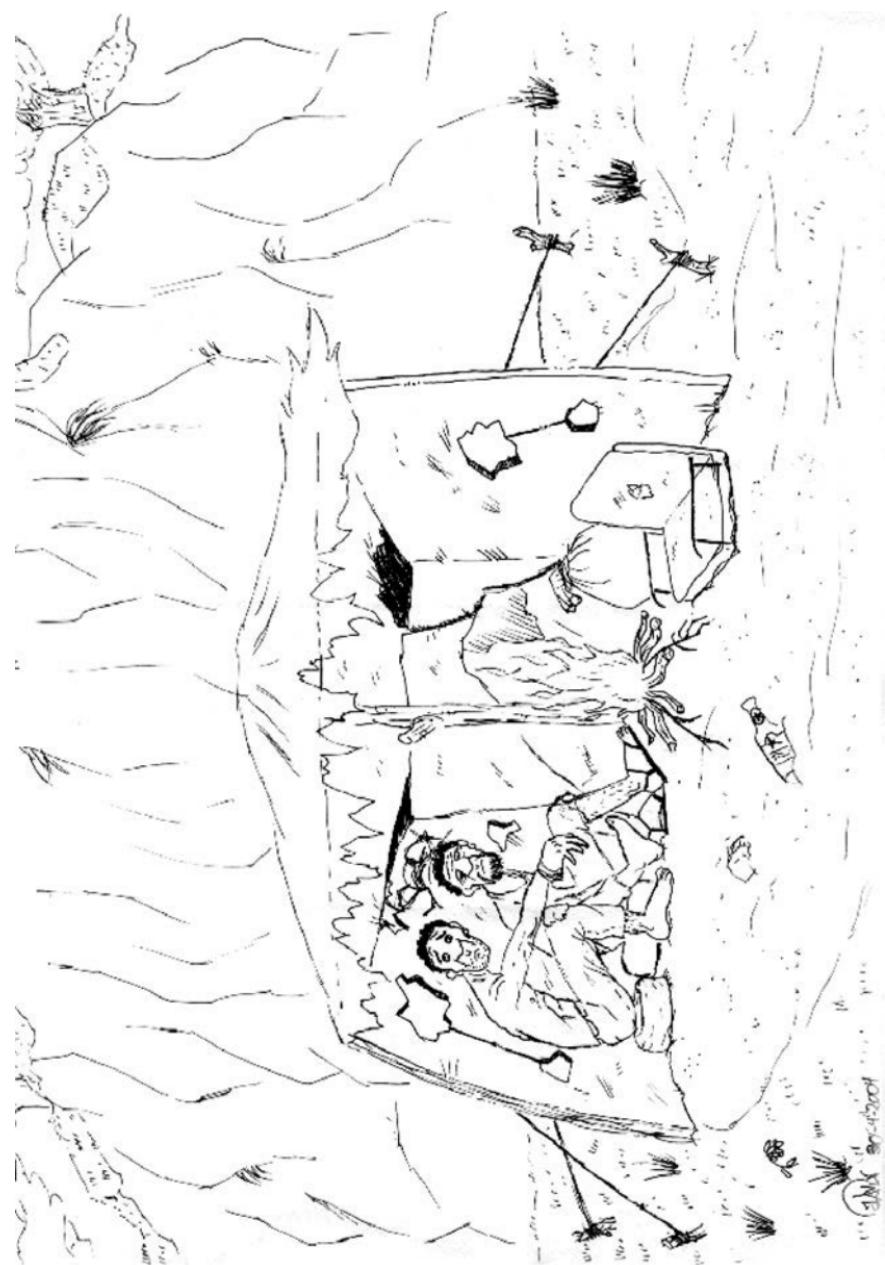
a la que está cayendo, nuestro indio fuma su pipa de la paz en tiempos de guerra. Estrena una nueva pluma que asoma alta sobre su curtida frente, y van seis ¡enhorabuena, piel roja! Confiamos que ni el paletó tejano ni su lacayo el enano, ni los rostros pálidos que tras ellos vengan te arranquen nunca tu rebelde cabellera. ¡Larga vida pues... y mucha pluma!

**Gules: En heráldica, del color rojo de la sangre.*

MARIA P. PEREZ HERRERO

PALABRAS. Siempre me han parecido mágicas. Me han transportado, y eso es lo que yo pretendía hacer. Empecé hace años leyendo los tebeos, soy de esa generación de Mortadelo (que ahora acabo de descubrir que es "real"), luego seguí con todos los demás. Ya era imparable. Estudié Inglés y Música pero nunca dejé las palabras. He trabajado en empresas de comunicación, y he realizado una revista... ¡Qué fuerza tienen las **PALABRAS!**

Aquí os entrego unas cuantas más, en forma de relato, "Al final de la playa", que ellas sean las que os hagan soñar.



AL FINAL DE LA PLAYA

Leía perezosamente, apenas prestando atención a los grandes y llamativos titulares de las páginas, deteniéndose sólo, un poco más, en las fotos de colores. Pasaba las páginas mecánicamente, percatándose que ni siquiera esa última acción, la compra de una revista de moda, le ayudaba a olvidar. No quisiera demostrarlo pero pequeños actos delatan su estado nervioso, a pesar de que Elena intentaba olvidar, allí, tumbada en la arena de la playa en un magnífico día de sol.

-¡Mamá!, y ahora qué hagoooooo.

Al oír la voz de su hija de seis años relajó los músculos de su cara. Fijó la mirada, cerciorándose del lugar y de la hora en que se encontraba y levantando la vista realizó un esfuerzo para contestar.

-Bien, vale... -respondió ausente- ¡Oh!, muy bonito, cielo, ahora haz una estrella de mar, grande, grande.

-¿Como las que me dibuja papá?

-Sí -murmuró- como las que dibuja papá...

Retiró la mirada, pues sabía que de nuevo le aparecería un velo en los ojos, sensación que llevaba

arrastrando las últimas dos semanas. Y ahora -pensó- quince días por delante de retiro voluntario, en la playa, ¡para pensar! Ya no le parecía tan buena idea. Allí solas, al final de la playa su hija y ella. El final - recordó-, el final al final de la playa.

-¡Vamos donde se acaba la playa, mamá!, al final, final, a lo último, donde se termina -chillaba alegre Estrella. La emoción del horizonte sin descubrir delataba su voz infantil.

-Estrella, la playa no se termina nunca, siempre hay un poquito más.

-¡No, no!, todo tiene final, la calle, el polo, el colegio...

Todo tiene un final -repitió ella de nuevo volviendo mentalmente al pasado. Se sacudió la cabeza, queriendo alejar los pensamientos, y continuó andando, arrastrando lo pies por la arena, mientras veía a Estrella correr hasta las rocas.

-¡Aquí! Mamá, he llegado al final, aquí se terminaaaaaa, ven rápidooooo!

-¡Ya voy, espérame!

Dos grandes moles de rocas, que se adentraban en el mar como dos gigantes guardianes de espumas, impedían continuar y tal como Estrella adivinó, era allí donde el horizonte se quebraba: el final de la playa.

-Vaya, que sitio tan agradable, un poco lejos, pero vale la pena -pensó Elena- Si buscaba soledad, aquí está la señora soledad...toda para mí.

Cerró la revista y los ojos, a la vez. El murmullo de las olas, la caminata, y sobre todo sus propios pensamientos, pesados, acumulados, taponando una

salida emocional, le provocaban una languidez placentera. Su mente persiguiendo una lucecita lejana se perdía y perdía; ya casi no hay ruidos, los brazos y dedos laxos, la respiración tranquila y acompasada, y la brisa meciendo unos sueños que claman por aparecer. A lo lejos, muy a lo lejos, sonidos...

-...me llamo Estrella.

-...¿del cielo?

-...esas sólo salen por las noches..., yo también soy Estrella de día...

Las voces entran en los sueños. Y los sueños se mezclan con la realidad, y la realidad de unos meses atrás vuelve a estar presente en reproches y silencios.

-¡Dónde estuviste anoche!

-Estoy cansado. No tengo ganas de hablar, déjalo para mañana...

-...¡Quiero saberlo!

-Habla más bajo Elena, vas a despertar a Estrella...

-Son las ocho, es una buena hora para despertarse pero no para ver que su padre acaba de llegar, ¿de dónde vienes?

De nuevo oye el golpe sordo de la ola rompiendo contra la roca y aspira el olor profundo de algas y sal mezclado con murmullos cercanos.

-¿De dónde vienes?

-Del mar, lejos.

-¿...en el mar está tu casa?

-Ya no, ahora aquí.

-Al final de la playa ¿a que sí?

-Sí, al final...

Sigue la nube de su sueño iluminando la cara angulosa de Luis, donde Elena detecta unos ojos cansados y una boca sellada.

-Esto parece un final, Luis, me iré unos días con Estrella a la playa. Nos vendrá bien la separación.

Sólo silencio alrededor.

-Espera Elena, hablemos, yo no quería...

-Otro día Luis, cuando volvamos -contesta seca.

La sombra de la roca, siempre fugitiva, se desplaza silenciosa y un rayo hiriente golpea a Elena haciendo que sus párpados bailen. Se levanta una brisa que mece su mechón rebelde. Hay claridad, brillo, sol, luz...

.... camino de día... y por la noche vuelvo al final de la playa...

Elena, todavía con retazos de sueño pegados en su mente mueve los dedos, y el tacto de la arena caliente le transporta poco a poco a la realidad, pero hay una conversación que no logra entender, ¿quién?...

.... aquí miro cielo, luna, y no haber nadie... yo sólo pensar en mi estrella, al final del mar...

-Vete a buscarla -dice una voz infantil.

-No tener dinero.

...mamá, mamá, vamos a darle dinero... -grita Estrella mientras la sacude- mamaáááá.

Cuando terminó de ordenar todos los impactos que le llegaban de golpe, Elena abrió los ojos brus-

camente. Me he dormido -pensó. Allí delante suyo Estrella, le mira sonriente. Pero ¿quién es ese individuo a su lado? El sol remarca un oscuro color de piel destacando un óvalo uniforme, tal vez demasiado para el resto del conjunto. Su pelo corto rizado, su chilaba gastada sobre unos pantalones grises, sandalias viejas, y una bolsa grande y pesada permitían, sin lugar a dudas, poner un nombre a la escena. El negrito vendedor de turno -telegrafía en su pensamiento- sólo eso y nada más.

-Estrella, no molestes, ven toma una manzana- se atrevió a decir.

-...mamá, mira, es mi amigo, vive aquí al final de la playa.

-"No problem", "doña", yo irme.

Parecía que todo el silencio de la mañana vociferaba el desprecio mudo que ella había provocado, y la figura infantil de Estrella ayudándole a cargar la inmensa bolsa, ahora le pesaba a Elena casi más que a él mismo. Se adelantó indecisa.

-¿Qué vende?

-...

-¿Vende algo?

Él tiene los ojos asustados, la cabeza gacha y la espalda encorvada, acaso por el peso o por el temor de saberse nada ni nadie. Ante los tirones de manga de Estrella, vacilante, se para.

-Camisetas, pareos, gafas sol, bonito barato...

-contesta con musiquilla entrecortada.

Y así empezó, día tras día, su cita matinal. Al principio fueron unas gafas de sol, Elena pensó que

no estaría mal tener un par de más, ¡siempre las perdía! Al día siguiente fue la camiseta para Estrella, "en verano, es lo único que se pone" -se justificó-. Luego, fue el pareo, que aunque eran todos horribles -pensó-, siempre lo podría regalar. Cuando Elena se dio cuenta que podía llenar el apartamento de gafas y pareos, llegó a un acuerdo.

-Mira, Amengha, yo estoy feliz con lo que he comprado, pero entiéndelo, tienes que buscar más clientes. Soy tu única sucursal. ¿Entiendes? Te propongo un trato. Estrella siempre está esperándote; tú, por otra parte, estás un poco desmejorado..., flacucho, más bien, ¿qué te parece si cambiamos media hora de tu tiempo jugando con Estrella por un gran bocadillo?, ¡de queso, por supuesto! ¿Eh, hace?

Los ojos de Amengha brillaban especialmente, o tal vez era la arenilla que le producía un escozor inusual, aunque él no se detuvo en averiguarlo pues cogiendo con sus dos manos negras las blancas manos de Elena se las llevó repetidamente al corazón.

-Sabiendo que estás con ella correré tranquila por la playa -chillaba Elena, y mientras se alejaba trotando pensó- Este sol tan reluciente te hace llorar los ojos.

Ahora Estrella amanecía embrujada por la sorpresa. Tenía que preparar muchas cosas antes de bajar al "final de la playa". Ya no era sólo el gran panecillo de queso, ahora añadía agua y ¡servilletas!, formaba parte del intercambio cultural. Eso le explicó su madre. La hora del bocadillo se convirtió en un oasis de leyendas, en un cadí bueno que no permitía

el llanto, caravanas de camellos, los tres tés de la vida y el recuerdo de una joven estrella que le espera todas las noches en una playa lejana.

-Pobrecito, mamá, dice que allí donde está su estrella no hay agua ni nada, sólo un poquito para las cabritas.

Elena, siempre muy cuidadosa con la pirámide de la alimentación cambió entonces el agua por zumo de frutas. Estrella, a su vez, pensó que el queso quedaba muy aburrido en mitad del pan, y resolvió ponerle compañía.

-Amengha, mira -decía Estrella- con el rojo del tomate, y la lechuga verde, hacemos una bandera... y colorín-colorado... ¿vale?

-No banderas, Estrella -respondía Amengha, mezclando con el dedo todos los ingredientes, incluida la arena- sólo personas... banderas separan...

Por último llegó eso del "gusanillo".

-Amengha, esto no puede continuar así -dijo Elena- Yo vengo desfallecida de tanto correr, que parezco el conejo en una carrera de galgos, y Estrella devora con los ojos tu bocadillo. Se nos ha despertado el gusanillo, y ahora mismo lo matamos, ¡de golpe, sin contemplaciones!, a partir de ahora ¡comeremos todos!

Y mientras Elena sacaba otros dos bocadillos, tres yogures, tres zumos y tres manzanas, a Amengha, se le volvía a meter arenilla en los ojos. Este chico ¿tendrá conjuntivitis? -piensa Elena.

Parecía que ya nada importaba a su alrededor. Allí, ellos tres al final de la playa, aprendiendo nombres de estrellas, modelando estrellas en la arena, y

buscando rojas estrellas de mar en el fondo marino. Compartían la amistad desprendida de las estrellas fugaces, y la cara de Estrella iluminaba sonrisas como en una noche estrellada. Pero llegó el final del verano y sus lágrimas deshacían el bálsamo de estrellas que Amengha había preparado para la despedida.

-No llorar, Estrella. Yo amigo, siempre. Aquí esperándote. Al final de la playa.

La vuelta a casa, el regreso, sería de nuevo empezar otra vez, pensaba fría Elena. Todo seguiría igual, ver a Luis y oírle llegar a casa. No obstante, las palabras no dichas en tantos días de verano volaban errantes como hojas secas en un otoño despiadado. Fueron días de ventiscas, vendavales, gotas frías en toda la costa, y nubarrones en el interior con reen- cuentros helados.

-¡Luis, hemos llegado!

-Démonos más tiempo Elena, no hemos dese- cho este muro de silencio...

-¿Tiempo?, ¿te vas?, ¿cuándo vuelves?

-...en diciembre, no sé...esperaremos...ya vere- mos...

Y las tardes del domingo en la ciudad fueron para Elena y Luis silenciosos desencuentros de mira- da perdida y frases mudas sólo rotas por ilusiones ajenas.

-¿Mamá, donde están los sellossss?

Enero aún fue más pesado. La niebla se asentó durante todo el mes, y así se sentía ella: nubes en el alma, horizontes confusos, y deseo frustrado de

manos cálidas junto a la suya. Pero reinaba el silencio. Espera larga, anhelante, de volver a oírle, ellos tres, quería ese regalo de Reyes... lo deseaba tanto... pero no sería ella la primera en hablar... -pensaba mientras le interrumpía Estrella en mitad de sus sueños- "Aquí planeta tierra llamando a mamá, planeta tierra llamando a mamáááá".

-Mamáááá ¿tienes más sellos?

-Las cartas de los Reyes Magos no necesitan sellos, Estrella.

-No es para los Reyes, ellos saben lo que quiero... yo sólo me pido -decía muy bajito- dos besitos al acostarme...

-Comprará mañana sin falta -contestó Elena, absorta en su aislamiento, aunque por un instante, la tibiaza de la manta le recordó la arena caliente y cerrando los ojos hasta el ruido de la lluvia le pareció el rumor de las olas-...¡Habrá que pensar ya en las vacaciones de Semana Santa! -exclamó en voz alta.

Parecía que la naturaleza había jugado con ellas. Nada es como lo imaginamos, pensó Elena. Tantos días de sol primaveral en la ciudad vaticinando unos días maravillosos y ahora, que ya estaban allí en la playa, el panorama era desolador. Los apartamentos, resplandecientes y llenos de vida unos meses antes, parecían olvidadas losas de cementerio, los jardines casi abandonados, las sombrillas levantadas, y el paseo juguete de las olas atrevidas. Elena contemplaba la playa desierta y se preguntaba dónde estaba su sueño. ¿En qué momento de su vida lo había perdido? Meses, muchos meses atrás o tal vez

años arrastrando vacíos. Vacío a su alrededor y en su propia vida. Ahora lo veía claro. Buscaba espejismos para alimentar un anhelo imposible, su propio corazón árido.

-¿Dónde está mi amigo? -preguntaba Estrella mientras un hipo asomaba en su garganta- ¿dónde está Amengha? Su pequeña mirada sufría su primera decepción.

-Seguro que aparece, como siempre, a la hora del bocadillo, esperaremos...

Elena miraba alrededor y sabía que sus palabras se las estaba llevando el viento.

Las grandes rocas seguían guardando el final de la playa. Ahora su sombra no le parecía acogedora sino tenebrosa. Dejaron las bolsas y esperaron sentadas recordando -como él les había enseñado- la estrella vespertina, a la que pides un deseo.

-Pídelo -le susurró a Estrella, mientras ella misma cerraba los ojos.

El final de la mañana llegó lento y desesperante. Elena, recogiendo palitos y conchas que la marea había depositado, se acercó a la sombra amenazadora. Sin darse cuenta, por primera vez, ascendía paso tras paso el peñón marino y aunque el viento aumentaba continuó curiosa deseando contemplar la vista desde la cima.

-¡Espérame, Estrella, que ahora vuelvo! -fueron sus palabras.

Los últimos pasos vacilantes le hicieron estremecer. Había llegado a lo más alto de las rocas. Allí detrás casi ocultas por las cañas se levantaban unas

cabañas de cartones, de maderas viejas y hojalata. No faltan unas cuerdas con algunas ropas secándose al aire, pantalones rotos y camisas infantiles. Unas ruedas viejas de camión son asiento para un grupo de viejos, jóvenes y una joven embarazada que alimenta una débil hoguera.

-Esto sí es el final de un sueño- piensa Elena y desesperada grita fuerte- ¿Está Amengha?

Como si fuera una sirena de alerta, las figuras desaparecen, los niños corren sin preguntar hacia las dunas creando un escenario de huidas y escondrijos.

-¡Nooo, no os vayáis!, sólo quiero saber dónde está Amengha -sigue gritando en vano al paisaje desolador.

Le pesa el vacío y el silencio a su alrededor. Viento y olas le salpican. Tiene la cara mojada y las gotas que llegan hasta su boca saben a mar demasiado salado.

El regreso al pequeño apartamento es lento. Todavía llevan en la bolsa los bocadillos, los yogures y las tres manzanas, Estrella sólo sabe que Amengha su amigo no ha llegado. De golpe le llega un sentimiento confuso, de abandono y de engaño. Su madre la lleva en brazos y la acuna. No le explica que donde hay banderas no hay personas, ni le cuenta que soñar es sólo para niñas como ella, con casa y colegio. No le dice nada, sólo la abraza y la besa despacio.

-Ya verás Estrella, ya verás como le encontramos.

La tarde húmeda y desapacible trae la explicación. Rosa la dueña del café les revela.

-Al final del verano llegó la orden del gobierno. Nadie sin papeles. Sólo quien pudiera justificar que

vivía en el pueblo desde hacía un año, tendría permiso. Pero ¿quién tiene un contrato de luz?, ¿quién?, todos venden camisetas y gafas, mismamente Amengha, tres años en el pueblo, buen chaval, con su bolsa a cuestas... Pero ¿y los papeles, de dónde los iba a sacar...? Ahora andan como conejos asustados, allí, perdidos sin remedio, al final de la playa, abandonados, un papel, sólo necesitaban un papel...

En la oscuridad de la habitación Elena arropa a Estrella, quiere cobijarla, protegerla de su propia soledad y de sus sueños perdidos. Las dos juntas en una sola cama, compartiendo calor y una pequeña esperanza que Elena sabe se desvanece. Aquellas mañanas del verano ahora también son leyenda. Sólo quedan recuerdos para narrar en tardes lluviosas. Tampoco volverán sus sueños con Luis. Sabe que su indolencia los sepultó.

A su lado, Estrella está soñando, pues su cara ríe; tal vez con estrellas fugaces que van y vienen, con mensajes de amistad grabados en la noche... Abatida, Elena deja que su memoria vague libremente, recogiendo imágenes caprichosas de sonidos y colores. La nostalgia va y viene, parece un correo de ilusiones. "¿Tienes sellos?", oye lejos en el tiempo. Se duerme agotada. Al fondo rumor de olas. También es el mar correo y cementerio de ilusiones.

El mostrador antiguo, de madera pulida, separa un espacio interior testigo de hábitos meticulosos e invariables. Contra la pared están alineados los casilleros divididos por provincias y allí recostadas

las grandes sacas de cartas. Sólo desentona en la mesa central un ordenador nuevo, una máquina que escupe regularmente sellos adhesivos; incluso el funcionario, ese señor mayor de patillas canosas, parece que añora las antiguas carpetas llenas de pliegos troquelados. El sacral respeto hacia su profesión le impidió tirar las cartas a la basura, las que llegaban para Amengha, y las que, como única dirección con letra infantil, indicaban "Al final de la playa, Guardias Viejas, Almería". Allí están ahora todas amontonadas sobre el viejo mostrador.

Se las está dando con la satisfacción de haber cumplido su trabajo: entregar el correo al destinatario. Todas están atadas con un cordel, todas tienen su fecha de llegada y en todas está claramente escrito: "Amengha Balaha, mi amigo".

-Amengha, estos son tus papeles -le dice Elena pletórica- Nos ha costado encontrarte, pero ahora nadie te echará del pueblo. Ya puedes inscribirte, tienen fecha de hace un año. Son tus cartas de presentación para este pueblo de banderas. Dibujos de amistad de una niña de seis años. Las estrellas sí conceden deseos.

Y ahora, como hace casi un año, Amengha se lleva las manos de Elena al corazón. Parece que le vuelven a picar un poco los ojos, pero a lo mejor es el flash de una cámara fotográfica. Testificar el momento con un periodista es parte del papeleo, Elena lo sabe, lo demás viene todo rodado -piensa-, a veces hay que ayudar a las estrellas con un poco de publicidad.

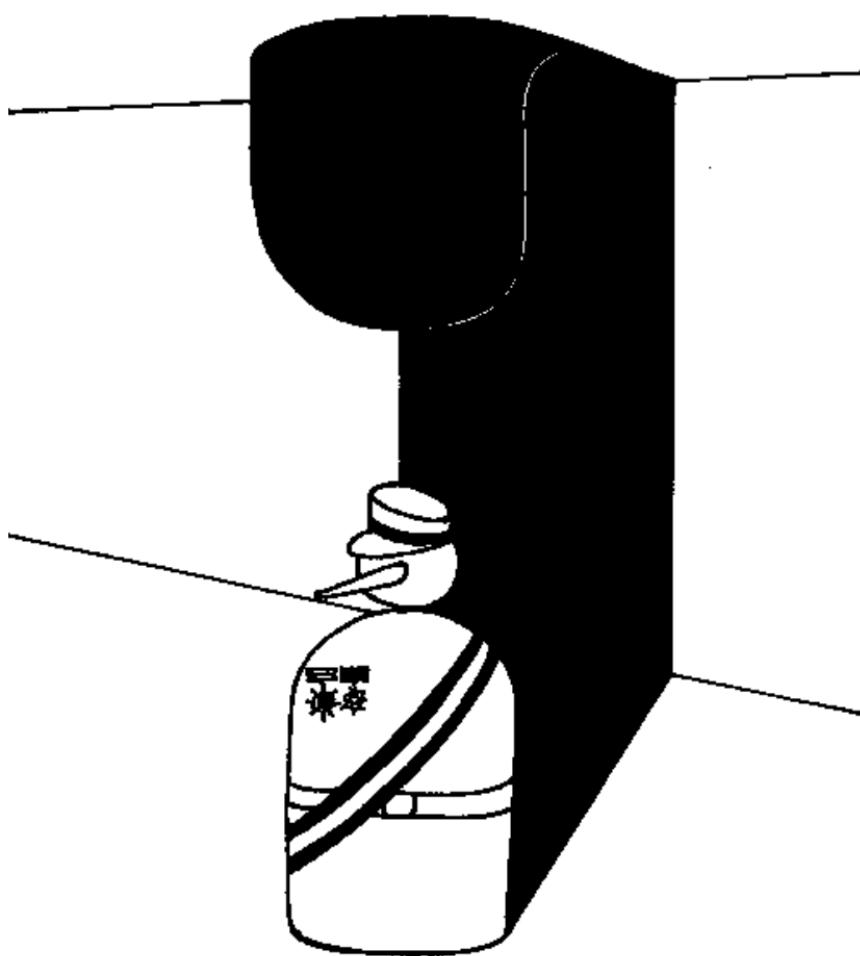
Mientras le mira parpadea repetidamente y enjuga una lágrima. No es el sol -piensa- son emociones. Y, al fin, me alegro de sentir las y de demostrarlas.

RAMÓN CABRERA NAVEIRAS

Actividad literaria:

- Comienza a escribir en 1980.
- 1980 Segundo premio de teatro Ángel Guimerá. Descalificado por no ser residente en las Islas Canarias.
- 1981 Escribe una pieza de teatro infantil que es representada durante casi seis meses en Zaragoza por el grupo La Garrucha.
- 1982-1995 Deja de escribir.
- 1996 Finalista Premio Ciudad de Elda de relatos.
- 1997 Finalista Premio Querido Borges (Hollywood-USA) de relatos.
- 1998 Primer premio de relatos Villa de Cifuentes (Guadalajara).
- 1999 Publica el libro de relatos "El mus del cabo Cipriano y otros relatos de la Alcarria".
- 2000 Primer premio nacional de Cartas de Amor (Puertollano).

- Primer premio de Cartas de Amor Chiloeches (Guadalajara).
- 2001 Segundo premio nacional de Cartas de Amor (Puertollano).
- Segundo premio de cartas de amor Chiloeches (Guadalajara).
- 2002 Primer premio relatos Francisca Adrover y Diario BN (Palma de Mallorca).
- Primer premio de relatos Sed Rioja (Logroño).
- Primer premio de relatos Semana Negra de Gijón.
- Tercer premio de relatos Fundación Al Andalus (Granada).
- 2003 Seleccionado por TeleMadrid para la publicación de un microrrelato del que es autor.
- Seleccionado para la publicación de un relato del que es autor por la Editorial Edinexus.
- Finalista premio Revista Almiar.



LA MALA SOMBRA

En Argolandia, durante muchísimos años, el sol nunca se puso por decisión de Rosendo Diamante el día que subió al poder:

-En Argolandia -proclamó- por fin ha amanecido. Desde hoy declaro a la noche culpable de alta traición contra el régimen que vosotros, noble pueblo argolano, habéis elegido libremente bajo la atenta mirada de las armas que empuñaban mis leales. La noche será puesta en manos de los jueces y ellos dictarán justa sentencia condenándola al garrote vil. Se prohíben igualmente las nubes, eclipses y restantes fenómenos atmosféricos que impiden el paso de la luz solar. Sólo la claridad ha de presidir la totalidad de nuestros actos públicos y privados. El sol, así lo he decidido en beneficio del pueblo, ha de brillar siempre en el cielo de Argolandia, a partir de ahora paraíso del turismo. Dejo a mis ministros la reglamentación de esta ley que tantas bondades hará llover...

-Llover no, excelencia, por lo de las nubes... - le susurró al oído el Director General de Climatología.

-... que tantas bondades hará caer sobre el país -rectificó con rapidez- y que ha de ser, también lo tengo decidido, el motor de su constante prosperidad.

El pueblo argolano, compuesto de seis millones de almas, aplaudió con profundo agradecimiento y respeto las sabias palabras del general Rosendo Diamante, que bordó el final de su discurso con la orden de fusilar de inmediato a cuatro mil serenos recalcitrantes, doscientas ocho mil aves nocturnas y siete millones de estrellas. A la luna, de una patada magistral, la envió para siempre a las antípodas.

Los ministros se pusieron manos a la obra de inmediato. Convencidos de que lo primordial era inculcar en el pueblo, de forma sencilla, la nueva filosofía del régimen victorioso, encargaron a un grupo de juristas la redacción de un código de comportamiento que fuera de fácil manejo y asequible a cualquier inteligencia. La obra terminada, ejemplo de simplicidad, que tuvieron que aprender de memoria cuatro millones de argolanos -en el entretanto habían desaparecido misteriosamente unos dos millones-, sólo constaba de ciento ochenta y cuatro mil artículos, trescientas siete órdenes aclaratorias, nueve mil setecientas doce disposiciones transitorias y cuatro mil una finales.

Como que por decreto siempre era de día y el sol debía lucir imperturbable las veinticuatro horas, los ciudadanos gozaban de la constante compañía de su propia sombra. Ni en el interior de las casas podían desprenderse de ellas. Una orden ministerial consideraba ilegales los edificios de más de una planta, que además debían carecer de tejados, y en las ven-

tanás de postigos y visillos. También cualquier artílugo susceptible de proporcionar sombra fue prohibido bajo pena de muerte. Así se aseguraba el estricto cumplimiento de los clarividentes deseos del jefe del Estado, benefactor de la patria.

En cierta ocasión, los dos millones y medio de argolanos que seguían vivos y felices tuvieron la peregrina ocurrencia de manifestarse -pacíficamente, claro- reclamando agua. Llevaban ya diez años sin una gota de lluvia y los embalses, ríos y lagos estaban vacíos a causa de la sequía y las numerosas veces que la Santa Iglesia Reformista Argolana había bendecido a Rosendo Diamante. Así que, a coro y para no molestar demasiado, se limitaron a insinuar que tenían sed. Fueron dispersados de inmediato a manguerazos.

-Esto es una maniobra de mis enemigos -manifestó indignado el dictador al Jefe de Policía- y demuestra lo envidiosos que están de nuestro bienestar. Pero también pone en evidencia la ineeficacia de usted al no haberme advertido antes de lo que podía pasar.

El Jefe de Policía fue ahorcado por inepto en la plaza pública entre grandes festejos y Rosendo Diamante, a partir de entonces, optó por llevar los asuntos de seguridad nacional más personalmente. Reunió en sesión extraordinaria a su Consejo de Ministros y dijo:

-Es preciso que estemos vigilantes pues una conjura extranjera pretende derribar lo que con tantos esfuerzos y vidas humanas he consolidado en estos años de paz. Las medidas serán pocas para salvaguar-

dar al país y a sus dos millones de habitantes de los enemigos que acechan sin descanso. Ordeno que, desde hoy, la sombra de cada argolano sea nombrada inspector de la policía secreta. Ellas nos informarán de las masónicas maniobras que en la oscuridad -por lo que deduzco todavía ronda un poquitín de oscuridad por ahí- preparan los descontentos, envidiosos y desagradecidos. A ustedes compete organizar debidamente el cuerpo de investigación recién creado.

Se constituyó el MSP (Ministerio de Sombras Personales) y en escasas semanas no hubo argolano sin su espía particular.

-El pipí de fulanito sale rojillo -se chivó una sombra.

-Pues que lo fusilen.

-Menganito cría buzos en su azotea en lugar de palomas o jilgueros -denunció otra.

-Para ese cadena perpetua.

-Futano dice que ayer se pegó un mamporro y vio las estrellas -acusó una tercera.

-Condenado al destierro. Sólo se permite ver al sol.

En lo que no atinó Rosendo Diamante, al prohibir la oscuridad, fue que también él sería poseedor de una sombra privada.

-¡Ay, Manuela! -se lamentó una mañana a su esposa-, esta sombra mía me preocupa.

-¿Por qué? Tu sombra es distinta. Ella no es espía.

-Lo sé, lo sé, pero me saca de quicio.

-Pues es bien sencillo. Mandas que la liquiden y punto.

-No puedo hacerlo. He de dar ejemplo. Pero cada vez se hace más grande y temo que la sombra me haga sombra. Es algo insólito que no puedo tolerar.

-¡Hum! Veamos...

-Se me va a subir a las barbas, la marxista esa.

Manuela echó un vistazo a la sombra de su marido.

-Lo que ocurre es que está engordando.

-¿Tú crees?

-Seguro. Tiene pinta de fofa, la desgraciada. Come menos y haz gimnasia. En pocos días volverá a ser lo que era, una sombra ridículamente pequeña que por contraste agigantará tu figura y tu genio económico, político y social.

-Que te oigan, Manuela, que te oigan.

El dictador se entregó de lleno a la dieta y la gimnasia. Como ejercicio físico daba diez latigazos diarios a cien argolanos -se creó un comité que fijó los turnos de voluntarios, tantos había- y para adelgazar un equipo de expertos le informó de la alimentación que seguían los obreros.

Quince días después preguntó a su mujer:

-Manuela, ¿te parece que ahora...?

Manuela cogió una cinta métrica, midió lo que tenía que medir y respondió:

-Tú has adelgazado trece quilos.

-¡Bravo!

-Pero la sombra está más grande -Rosendo Diamante palideció-. Yo de ti consultaría el caso a los doctores.

Los médicos fueron llamados a la presencia del Jefe del Estado.

-Señores -les informó-, algo raro le sucede a mi sombra particular. Como ustedes no ignoran, ella ha de ser una birria de sombra. Ni más ni igual que yo, sino mucho menos. Les doy permiso para que la observen un ratito y me faciliten acto seguido su dictamen científico.

La opinión fue unánime:

-Su sombra, excelencia, le supera en diez centímetros de alto y nueve de ancho. Es nuestro criterio que tiene tendencias mayestáticas.

Los doctores fueron condenados a trabajos médicos forzados en el zoo de Argolandia por conspiradores y subversivos. La sola mención de la realeza sacaba de quicio al dictador. Rosendo Diamante, luego, llamó a un mago a quien contó sus problemas.

-El asunto está clarísimo -aventuró-. Nos encontramos delante de una sombra fascinada.

-¿Con que es eso, eh?

-Sí, y no es extraño que así sea si tenemos en cuenta que idéntica fascinación sienten por vuestra excelencia el millón de argolanos del país. Se trata de una devoción pura y sana, aunque tal vez celosilla. Crece para que os fijéis en ella. Hacedlo durante cierto tiempo y veréis como se tranquiliza, a continuación mengua y las aguas vuelven a su cauce.

Rosendo Diamante siguió al pie de la letra los consejos del mago que, en agradecimiento, fue nombrado Director del Banco Central Argolano.

Manuela advirtió un día a su marido:

-A mi modo de ver te estás pasando.

-Lo hago por el bien de la patria.

-Repite que te pasas y, además, tanta atención

con tu sombra me mosquea. Corren rumores de que andas liado.

-Liado y muy liado lo tengo todo, efectivamente.

-Liado con ella, con la sombra.

-Maledicencias del liberalismo internacional, que me quiere hundir.

-¡Qué imaginativo eres, hijo! Tú no te enteras de nada, pero...

-¿Pero?

-Yo me he fijado en que tu sombra hace unos gestos y unos contoneos que...

-¡Bah!

-Tú no puedes darte cuenta porque casi siempre anda detrás de ti. Y eso es lo que me preocupa. Llevamos mucho tiempo sin... A ver si resulta que eres menos macho de lo que se asegura.

-¡Manuela!

-¡Ni Manuela ni porras! Tu sombra tiene inclinaciones homosexuales y eso ya está en la calle, lo murmurran los ochocientos mil argolanos.

Rosendo Diamante ingresó en una clínica para someter a un riguroso chequeo a su sombra. Los primeros análisis corroboraron que había continuado creciendo contra todo pronóstico. El mago, destituido de su cargo, fue ordenado obispo de la Iglesia Argolana por inútil y charlatán. El asunto comenzaba a ponerse difícil.

Aprovechando el internamiento del Jefe del Estado, los ministros del régimen se reunieron en sesión de urgencia.

-La situación es gravísima -manifestó en chino el vicepresidente del gobierno.

-¿Y ese tío qué dice? -preguntó el Ministro de Matanzas y Masacres a su colega de Embrotecimiento Nacional.

-Habla en chino porque es un gran político. Calla y escucha, que no me entero -le respondió.

-Gravísima es la situación -insistió el vicepresidente.

-Yo propongo un golpe de sombra -se atrevió a insinuar el Ministro de Estafas Legitimadas.

-¿Y eso qué coño es? -le espetó la Ministro de Obras Púdicas, una señora muy fina.

-Ni idea, pero al pueblo se lo vendemos por televisión con cuatro canciones triunfales y un partido de fútbol y se queda más satisfecho que Dios.

-Situación la gravísima es -repitió el vicepresidente, que siempre analizaba los problemas muy a fondo.

-Amén -corearon todos.

-Yo lo arregloaría declarando a la homosexualidad legal por cojones -chilló el Ministro de Disfraces Políticos, que por las noches actuaba como travesti en un cabaret.

-¡Formalidad! Se dice por decreto.

-Situación la es gravísima -machacaba el vicepresidente, alardeando de su facilidad de palabra y profundidad de pensamiento.

-¿Y si habláramos del tiempo?

-Muy oportuno -apoyó el Ministro de Ocultación y Turismo-. Así cuando salgamos podré informar a la prensa de que en Argolandia no pasa nada, ni siquiera una nube.

-Es situación gravísima la -vociferó el vicepresidente a la pared de enfrente.

-¡La, la, la! -asintieron los ministros puestos en pie, con el brazo derecho en alto y extendido.

-Situación es gravísima la.

-¡Alirón, alirón, Argolandia campeón!

-Señores -concluyó el vicepresidente después de beberse un vaso de agua para aclarar la voz-, el consejo ha terminado. Hemos discutido desde todos los ángulos posibles la gravedad de la situación. Que se publique de inmediato una orden ministerial recongiendo los acuerdos adoptados. Nos cabe el honor de haber salvado el país y la reputación de nuestro generalísimo.

El vicepresidente se trasladó a la clínica donde Rosendo Diamante, muy compungido, no osaba moverse. Su sombra, negrísima, crecía sin pausa.

-¿Qué? -inquirió ansioso el dictador.

-Excelentes noticias. Se ha decidido que aquí, en Argolandia, la tranquilidad es absoluta.

-¿A mí con esas, cretino?

-¡Oh, perdón, excelencia, es la costumbre!

-¿Que no ves la monstruosa sombra que me acecha?

-Hay indicios clínicos muy fundados que demuestran que, efectivamente, la sombra de vuestra excelencia es... -e hizo un gesto vago en el aire con las manos- ¿Me entendéis, excelencia?

-¿Marica, insinuás?

-Si antes agrandaba por celos, ahora lo hace de satisfacción. Claro, siempre detrás de vuestra excelencia, fascinada... Los doctores piensan aconsejaros que os pongáis un tapón..., en fin, por si las moscas. Nunca se sabe si en un descuido de vuestra excelencia...

-¡Horror! ¡En qué situación me veo! ¡Yo que siempre he dado por ahí a los demás!

-Será pasajero, excelencia, no sufráis. En muy pocos días podréis continuar dando gusto a vuestro pueblo.

Rosendo Diamante observó a su ministro con ojos espantados.

-Acerca el oído -ordenó.

-¡Clemencia, clemencia, mi general! ¿Cómo habéis descubierto que hace seis meses que no me lavo las orejas? ¡Qué sangre fría, qué perspicacia demostráis incluso en los momentos angustiosos y críticos!

-Tus orejas me importan un bledo -interrumpió impaciente-. Escucha, baja la cabeza -el vicepresidente se acercó a Rosendo Diamante-. ¿Qué haré, si me ponen el tapón, para... cagar? ¿Qué comerán entonces los quinientos mil argolanos?

El vicepresidente se emocionó:

-Permitid que llore unos instantes... ¡Qué bondad la vuestra, preocupándooos tanto por vuestros súbditos! -Después de soltar unas cuantas lágrimas, añadió:- Dejadme que piense, excelencia.

-Pues piensa rápido. No sé por qué pero tengo ya unas ganas terribles de ir al lavabo.

-Podéis promulgar una ley diaria -sugirió.

-¡Magnífica idea! -Quedó pensativo unos instantes. Acto seguido preguntó:- ¿Será más o menos lo mismo que cagar, verdad?

-Sin duda, sin duda...

-Aunque también podría pronunciar más discursos.

-¡Bellísimo, bellísimo! Qué sensibilidad...

-... que traten, por ejemplo, de los secaderos de bacalao o del arte rupestre. Eso siempre interesa a las masas.

-¡Qué exquisitez! Escuchando vuestras palabras, el pueblo olvidará que pasa hambre. Con vuestra venia, mientras la nación os escucha embelesada, podríamos aprovechar para enviar al extranjero unos cuantos camiones cargados de divisas.

-Sí, hazlo. Y fleta de paso unos aviones que transporten todas las obras de arte del Museo de Argópolis; y la catedral entera; y mis siete toneladas de medallas y condecoraciones; y a mi mujer, bien envuelta...

Nada dio resultado, sin embargo. Rosendo Diamante, comparado con su sombra, que se desarrollaba a un ritmo frenético, parecía un enano, un microbio con estrellas de general. La vitalidad se le escapaba a chorros. Acabó miserable e indefenso a merced de sus íntimos, quienes, no obstante, acordaron que a toda costa convenía mantenerle con vida.

-Si se nos muere -y es capaz de morirse-, ¡adiós prebendas! ¿Qué harán entonces los trescientos mil argolanos? ¿A quién criticarán, sobre quién contarán chistes? Se aburrirán de tal manera que empezarán con huelgas, revoluciones y tonterías, como si estos lustros de paz hubieran sido un sueño. ¿Qué será de nosotros? Evidentemente el general no puede morir.

Se convocó una consulta de médicos eminentes, venidos desde todos los rincones del mundo.

-Yo recomendaría que el generalísimo fuera

siempre bajo palio -sugirió uno-. De ese modo quedaría protegido del sol y la sombra se desvanecería.

-¡Imposible! -intervino el Ministro de Injusticias Sociales-. Eso sería tanto como pretender modificar las Leyes Fundamentales. En Argolandia nada debe impedir el libre paso de la luz. Por algo somos demócratas.

-Pues le podríamos extirpar los testículos. Siendo la sombra gay, ¿qué interés tendría por un general sin sus atributos masculinos?

-¿Qué dice usted? ¿Cómo se le ocurre proponer que ceguemos la fuente de su mala leche? ¡En Argolandia se gobierna con eso que usted quiere arrojar a la basura!

-Entonces -reflexionó un tercer doctor-, posiblemente no quede otro camino que separar la sombra del cuerpo. Es una intervención quirúrgica delicada que no sé, no sé...

Los doctores se pusieron manos a la obra con el beneplácito de la familia de Rosendo Diamante, la aprobación del gobierno y la bendición de la Santa Iglesia Reformista Argolana, que celebró innumerables misas por el rápido restablecimiento del Jefe del Estado. Algunos aprovecharon para rezar, con gran devoción, por su eterno descanso.

La operación duró cuarenta días al cabo de los cuales, ¡pobrecito!, Rosendo Diamante no tuvo más remedio que despedirse de este mundo. Para que no hiciera el viaje solo se decretó que le acompañaran, con gastos pagados, quienes habían participado en el desaguisado -médicos, enfermeras, ayudantes de quirófano, anestesistas y auxiliares sanitarios- en

prueba de agradecimiento por sus servicios y desvelos. En el Gran Salón de Palacio se les condecoró, justo antes de emprender ese viaje eterno, con la Gran Cruz Laureada de San Argolín, mártir y obispo.

Ocurrió que, con la agonía terrible del benefactor de la patria y las honras fúnebres que luego se le dispensaron, nadie reparó en que la sombra enorme, en efecto separada del cuerpo, aprovechaba para escapar por una de las ventanas del hospital. Advirtieron su descuido cuando, después de un trueno parecido a una sarcástica carcajada, el cielo de Argolandia se cubrió repentinamente de espesas y oscuras nubes y empezó a diluviar sin descanso. Tanta fue la lluvia que cayó en los meses y años siguientes que los ríos, lagos y embalses se desbordaron y el país entero quedó sumergido en agua y lodo.

Así llegó de nuevo la noche a Argolandia: por obra y gracia de la sombra imperecedera del dictador, sombra inmensa, cada vez más ancha y larga, cada vez más mala sombra.

-Bien es verdad que antes, con Rosendo Diamante, se vivía mejor -dijo un argolano al otro argolano superviviente.

MANUEL ANTONIO PÉREZ ACEDO

Nací el 11 de diciembre de 1972 en Madrid. Viví tres años en Vallecas y luego nos mudamos toda la familia a Torrejón de Ardoz.

Del colegio y del instituto sólo recuerdo que decidí dejarlo cuando me dijeron que allí sólo se daba clase a los listos.

Hice el servicio militar porque entonces no me enteraba de nada. De otro modo, quizá, no hubiera comprendido cuál se esperaba que fuera mi papel en la sociedad: callar y obedecer. Aprendí a odiar a la patria, al poder, a las armas. Y a mi falta de valor para no mandarlo todo a la mierda.

Un accidente de coche a poco de licenciarme me confirmó que no se puede matar lo que no tiene valor, lo que ya está muerto.

Desde ese momento quise que mi vida tuviera valor y sentido. Comencé a leer y a estudiar por mi cuenta. Poesía y geometría primero, filosofía después. Desde los presocráticos a los cínicos. De los

estoicos a la Escuela de Frankfort. Leí a Lenin en unos cuadernillos rojos de la Editorial Progreso de Moscú. No me dijo mucho. Seguí con Kropotkin: "Moral Anarquista". Ya me dijo algo más. Después, con veintidós años, leí "Panfletos revolucionarios". A la pregunta: "¿De qué lado estarás? ¿De la Ley contra la Justicia o de la Justicia contra la Ley?", respondí: Contra la Ley.

Hubo unas jornadas organizadas por el Ateneo Libertario Ricardo Mella que entonces existía en Torrejón de Ardoz; me acerqué, me gusto lo que oí y me afilié a la CNT. Y desde entonces.

Ahora mismo desde el SOV y con gente de varios colectivos tratamos de construir otro Ateneo.

Hará cosa de cuatro años trabajaba en el barrio de Prosperidad. Vi un cartel de Escuela Popular de Prosperidad. Entré y me quedé.

Me encantó su funcionamiento asambleario y autogestionado. Y que la educación no fuera entendida como un adoctrinamiento sino como un dotarse de herramientas para cambiar tu realidad y la sociedad. Y que el aprendizaje es continuo.

La Prospe no es un colectivo ideológico; pero eso no quiere decir que sea apolítica. La falta de ideología es la peor ideología: es la de los vendidos al sistema. La Asamblea, libre y abierta, toma decisiones y posiciones que son políticas: a favor de la ocupación y contra la especulación, contra la represión a los movimientos sociales, la violencia y discriminación racial y de género, a favor de la desobediencia civil, contra la ley de extranjería, contra la guerra, etc.

Como colectivo se mueve, promueve y participa en campañas, manifestaciones, acciones de apoyo y solidaridad.

Reflexión, educación para la acción. Lo que necesitaba este iletrado. Puedo decir, sin rubor, que encontré mi lugar en el mundo.

Vivo en el barrio de Prosperidad en casa de una amiga aunque mi dirección "oficial" siga siendo la de mis padres. Como miembro activo de ambos colectivos que soy reparto mi tiempo entre El Sindicato y La Escuela: participo en sus asambleas, comisiones y acciones de diversa índole.

Y escribo mucho: artículos, cuentos y mucha, mucha poesía.

No me siento agobiado. A menudo tienes que hacer un esfuerzo consciente pero no se trata de dar una imagen de comprometido o de ir a la moda. Es una cuestión de lucidez. Una obligación. Pero no hay que tomárselo así por que te lo puedes llegar a creer. Ponerte una etiqueta. Pasar a ser un "profesional de la libertad".

Suelo pensar que realmente no estoy militando sino que ésta es mi vida y esa "militancia" está en ella.

No es una biografía breve, me temo; es más que unas líneas. Pero no sé escribir sintéticamente. Ni hacer curriculums. Ni siquiera mentir.

Podéis resumir lo anterior o prescindir de la descripción de la Escuela. O de todo y sólo decir que nací en Madrid, que me crié sin raíces en una ciudad muerta de hormigón y ladrillo, que llevé -y me di cuenta de ello- una vida gris; que quizá tuve que lle-

varla para darme cuenta que no era la vida que quería. Que ni siquiera era vida.

Elegí, conscientemente, una vida en dirección contraria, corriente arriba. Al margen de los caminos, efectivamente, nacen las flores. Y son todas hermosas porque en el asfalto no puede vivir nada.

Sé que no me voy a volver atrás, que jamás seré demócrata, conformista, manso. Ya lo fui. De ahí salí; y no quiero engañarme y regresar.

Como decía el recientemente fallecido Oteiza: la muerte no mata, entierra a los que están muertos.

Yo quiero vivir. Porque mientras estamos vivos la muerte, el conformismo no existen. Podemos luchar, cambiar las cosas, ser libres, ser felices.



LUCY, BOB Y EVE

De toda la gente de la peña "Los Churumbeles", mermados por los matrimonios y las hipotecas y que en las fiestas de Torrejón de Ardoz iban, en pasado, disfrazados de niños de pecho con whisky segoviano en vez de leche en los biberones, sólo pudieron ir a la largamente planeada excursión a Cuenca, tres.

Dos de ellos, digamos Clara y Juan, eran pareja y propietarios de un Simca mil aún vigente. Al tercero en discordia le llamaremos Ibrahim para mantenerle en el anonimato.

Salieron de Madrid después de comer y llegaron a Cuenca sobre las seis. Decidieron dar una vuelta rápida a la ciudad. Las casas colgantes, el puente de San Pablo y calle arriba hasta el castillo. A la bajada la catedral. Demasiada rapidez.

En la pensión hicieron planes para el día siguiente. A las diez salieron en dirección a la Ciudad Encantada y continuaron hasta el nacimiento del Río Cuervo. A la vuelta, por la tarde, se bañaron en el embalse de la Toba.

El tercer día decidieron tomárselo con calma y

pasearon por la ciudad y recorrieron sin prisa la Fundación Antonio López. Como era lunes el museo de Arte Abstracto estaba cerrado.

Clara había intentando comer varias veces ajoarriero por que le hacia gracia que un plato con pescado fuera un guiso típico de interior. Ese día lo consiguió. De segundo pidió costillas a la barbacoa. Juan e Ibrahim coincidieron en el segundo, cordero asado, de primero Juan pidió sopa castellana e Ibrahim se decidió por el morteruelo. Ninguno de los tres comió el sacrilegio de comer con agua y como ninguno de los tres lo escupía fueron dos botellas de vino las que tomaron. En una remota televisión ponían videos musicales y no se oía una voz humana que no proveniera de la MTV. El tema de conversación fue derivando desde la crítica musical, pasando por lo que entendían como síntoma de alguna enfermedad aquella muda contemplación, hasta desembocar en las obsenas leyes de inmigración.

El plan original era echarse la siesta en un parque que habían marcado esa misma mañana, pero la sobremesa ya estaba muy animada. Tras el vino un dedal de orujo y un café. Y luego unas copas de Pacharán.

Se llegó al parque pero las palabras seguían. Los argumentos de cada uno de los ponentes, asumidos y ampliados por los otros comensales, hicieron que la siesta fuera pospuesta.

El parque tenía bancos gigantescos, como barcos de madera. Y no como esos de los parques de hormigón que con la excusa del diseño impiden no sólo que alguien pueda dormir en ellos sino que la gente ni

siquiera pueda sentarse junta. Éste era tan amplio que los tres pudieron recostarse en una abigarrada piña con total comodidad. Las voces fueron cesando pero irremediablemente el sueño ya había huido.

Pudiera ser que fuera a Clara a la que se la ocurrió que se contaran historias. Tenía varias amigas que hacían teatro improvisado y había ido a varios talleres de cuentacuentos. Reconocía que no tenía demasiada gracia contándolos, que hablaba demasiado rápido y con demasiada vehemencia, que más que contar parecía que estaba instruyendo, exigiendo que se captara algo. Reflexionando se había dado cuenta que creía que los cuentos debían ser la excusa para otra cosa y sabiéndolo así, conscientemente, perdían todo su encanto. No obstante aún le gustaba oírlos.

-¿Qué clase de cuentos? -preguntó Juan intentando que su tono de voz cansado desanimara a los demás.

-De cualquier clase menos de terror -respondió Clara con una voz que decía que efectivamente quería escuchar cuentos.

-¿Y por qué no? -dijo con el mismo tono de antes Juan, pero ahora con una sonrisa en los labios que introducía un matiz de juego con su pareja.

-Están gastados. Y no me apetece.

Y le dio una palmada como diciendo que de verdad quería escuchar alguna historia.

-Podrían ir sobre monos -dijo Ibrahim como si hubiera dedicado tiempo a buscar un tema.

Juan sonrió más ampliamente y le miró esperando una continuación de la broma. Clara se volvió aún dudando si sonreír o no.

-Hablo en serio. Cuentos sobre monos. Cuentos donde un mono sea el protagonista o la víctima...

A Clara se le iluminaron los ojos y antes que Juan pudiera decir nada se le adelanto:

-Yo me sé una.

Tenía los pies en el suelo en el extremo izquierdo del banco, la espalda sobre el banco y la cabeza sobre una pierna de Juan. Antes de empezar a hablar se arrellanó, se puso cómoda y miró a las ramas de los árboles bajo cuya sombra estábamos como si lo que fuera a contarnos estuviera escrito en ellas.

-Una universidad de Estados Unidos consiguió una vez una subvención inmensa para investigar un lenguaje de signos que pudiera serle enseñado a una orangutana que se llamaba Lucy, para poder comunicarse con los seres humanos. Cada signo representaba una palabra y si Lucy los ponía en orden y apretaba un botón, un ordenador leería una frase. El investigador escribiría algo, el ordenador lo traduciría en signos, Lucy lo entendería y provocaría una respuesta. Ésa era la teoría.

-¿Y qué pasó? -preguntó Juan.

-Si lo hacía bien recibía un premio. Si lo hacía mal nada. Lucy aprendió las secuencias y combinaciones de símbolos que la daban comida como: "Me llamo Lucy. Quiero zumo. Por favor." Cuando los investigadores le preguntaban cualquier otra cosa, Lucy volvía a crear una secuencia que le diera un plátano. Un dibujito donde había una cara suya, un asterisco y un dibujito de un plátano.

-¿Cuál es la conclusión? ¿Que el sistema de signos estaba mal construido? ¿Que Lucy era más

inteligente que los investigadores? -preguntó Juan porque no sabía cual era la moraleja de aquella historia.

-Puedes quedarte con la opción que más te guste -replicó Clara con una chispa de enfado en sus ojos- No tiene por que tener una conclusión evidente -añadió Clara buscando argumentos para que resultara evidente que aquella historia quería decir lo mismo para ella que para los demás. Volvió a mirar a las copas de los árboles y pensó unos instantes.

-Quizá sea un avance para la ciencia pero me parece un atraso para los seres humanos. ¿Cómo lo diría? Es un ejemplo de... prepotencia absoluta. Y de alterar la naturaleza... para nada. Intentar enseñarle algo que no necesita, meterle cosas en la cabeza a un mono, ponerle una garganta sintética... y no ser capaz de aprender nosotros... no aprender sino sólo poner los oídos para escuchar lo que nos dice, nos grita la naturaleza... No ser capaces jamás de huir de esa dinámica de premio, castigo, premio, castigo...

Parecía que iba a añadir algo más pero estaba claro a qué gritos de la naturaleza se refería.

Al terminar de hablar hizo un gesto que se refería a los árboles del parque y que englobaba a la naturaleza en general. Luego hubo unos segundos de silencio.

Juan meditó más sobre las últimas palabras de Clara que sobre la historia en sí misma. Pero dejó que el cuentecito calara, que se entendiera y extendiera a lo que refería realmente Clara. A las consecuencias. La mente funciona por asociación de ideas y Juan se acordó de algo.

-Yo sé otra historia. La he recordado con lo que decías de violentar a la naturaleza...

-¿Yo he dicho eso? -preguntó Clara como si estuviera sorprendida.

-Va de otro mono.

Una mirada de Juan la convenció de que no era momento para bromas. Que no tenía por qué fingir sorpresa ni nada porque sabía perfectamente que había entendido la historia y era más que sensible a esos gritos de la naturaleza. De hecho, cuando caminaban ambos por algún bosque, si cerraban los ojos, podían oír no gritos sino el lenguaje de susurros de los árboles. A veces se parecía al murmullo de un río, al viento en las copas y otras al latido de un corazón. Se trataba de eso. Todas las historias trataban de eso. Y él lo entendía. No le gustaban bromear sobre eso. Quería contar la historia.

Clara le miró a los ojos y luego los retiró. Ella también comprendía. Algo más. Le amaba. Le respetaba. Los suyos eran unos lazos sólidos, evidentes. En ocasiones como aquéllas lo sabía.

-Éste era un chimpancé llamado Bob -empezó Juan la narración. No recordaba bien los detalles pero sí el esqueleto- Lo cogieron recién nacido del zoo de Boston y lo llevaron a otra universidad, puede que a la misma que a Lucy, puede que fuera después, para otro pretendido y sonado experimento. Era época de becas flacas y hacían falta experimentos sorprendentes que tuvieran eco en la prensa, que dieran publicidad a la universidad para arañar algo de dinero para el departamento. Se trataba de enseñar a los simios un código parecido al de los sordomudos

para que se pudieran comunicar con los seres humanos. Nadie creía mucho en el proyecto. Como ciencia ficción había sido vendido y se lo habían comprado. El dinero llegó. El departamento obtuvo fondos y cada cual siguió trabajando en lo suyo. Un reducido grupo de gente del departamento se encargaba del aprendizaje del chimpancé y, a ratos, los demás examinaban los resultados. Bob era inteligente y despierto y muy sociable y nada desconfiado para el trato con los humanos. Hizo algunos progresos. Acabó el curso y el proyecto, sin resultados evidentes, peligró. Se presentó un informe diciendo que, de momento, Bob estaba empezando a usar partes del código aprendido para expresar lo que podrían ser sus propios pensamientos. Sin pruebas sólidas y sin demasiadas ganas de pelear y de escuchar la junta rectora, los técnicos tiraron el informe y retiraron la aportación económica y les prohibieron continuar el experimento. El año siguiente, les dijeron, las cosas cambiarían. La guerra había terminado y destinaría más dinero a proyectos científicos de verdad. Había mucho campo en el que trabajar y los científicos se embarcaron sin prisa en otros proyectos. Bob volvió a la jaula de un zoo.

Juan hizo una pausa. Y sonrió. Ibrahim y Clara estaban esperando. Había sido una pausa teatral. Ninguno de los dos quería que terminara así. Ni la historia ni él de hablar. Archivó este dato pero de momento lo dejó sin analizar. Continuó antes de que su auditorio pudiera pensar en hablar:

-Pasaron quizá dos o tres años. Y el departamento de Conducta Animal recibió una llamada de

un zoo del medio oeste americano. Al parecer un ejemplar problemático que habían recibido hacía poco tenía un comportamiento especialmente violento y extraño. Dijeron que ya lo investigarían y lo dejaron correr. Tres meses después recibieron la misma carta y un vídeo. Por curiosidad dos estudiantes lo consultaron. Y el mono en realidad hacía cosas muy raras. Se lo llevaron al tutor de su tesis y éste se quedó muy sorprendido. Era, sin duda, Bob. Y entre estallido y estallido de violencia repetía los signos que él le había enseñado. No se entendía bien lo que decía. O no lo quería él entender, él había sido de los pocos convencidos en el proyecto. Y, con el tiempo, había sentido una especie de remordimiento. O más bien algo más profundo. Que había hecho algo que no tenía que haber hecho. Decidió ir. Se lo debía. Quizá a sí mismo. Quizá a Bob. Sus colegas le dijeron que estaba loco pero que si le servía para olvidarse de su divorcio... Cogió un tren pues le aterraba volar y dos días después apareció en el Zoo. Cada paso que dio desde la universidad hasta aquella jaula había acelerado los latidos de su corazón y, a la vez, lo había ido apretando más y más. No estaba seguro que iba a descubrir un secreto terrible. Lo sabía. Bob no le reconoció. Que estaba irremediablemente loco era algo con lo que ya contaba y lo confirmó al ver sus ojos vacíos y vidriosos. Lo que decía con sus signos no estaba preparado para soportarlo. Bob, con sus nudillos en carne viva de golpear contra los barrotes, decía: "¿Por qué me habéis encerrado aquí? ¿Por qué me habéis dejado solo?". El profesor se dio la vuelta, avanzó dos pasos y cayó desmayado.

Desmayado no, se dijo cuando cobró conciencia, muerto. Pues había comprendido que esos años había estado viviendo sin alma.

Se hizo un largo silencio. Los pensamientos y los sentimientos iban ahora juntos en el mismo barco, agitados por la misma emotiva tormenta.

-Joder -pensó Clara sin ser capaz más que de hacer una leve mueca que dejó ver las puntas de ambas filas de dientes, juntos pero no apretados, a través de sus labios recogidos.

-Aquí tampoco queda clara la moraleja -miró a Clara e hizo un gesto de aproximación, de complicidad- Y tampoco tiene por qué tenerla -sonrió y Clara también. Luego se puso más serio- No sé si quiere decir que él tenía su lenguaje y su mundo y le sacaron de él y le abandonaron en otro mundo y le impusieron un lenguaje... para después no hacerle caso en ningún idioma... Lo leí en un periódico. En un suplemento de esos de verano. Más parece un cuento que un artículo de prensa ¿no? La realidad no tiene esos finales.

Guardó silencio un momento. Su propia experiencia le decía que tenía razón.

-El final no me lo creo, quiero decir. Lo de abandonar el proyecto y a tomar por culo todo, sí. Lo de que el mono gimiera y se enfureciera y gritara en su idioma y en el ajeno y nadie le hiciera caso, también lo creo. Lo que pienso que no es cierto es que alguien se acercara a la jaula a aceptar su parte de culpa -hizo un pausa- No. Nunca. Lo más fácil es actuar como si no existiera... y ése precisamente es el peor de los crímenes.

Una sombra pasó tras sus ojos. Y los tres imaginaron mil casos parecidos, equivalentes. Y no sólo con animales. Pero los animales, los simios, habían sido la excusa para empezar a contar las historias. Todas las historias de dolor son la misma.

Juan había estado en ciudades fronterizas, en los suburbios donde languidecían los indios que se habían quedado sin hogar, sin selva, sin realidad, sin pasado. Se le vinieron, sin poder evitarlo, las escenas a la mente.

Alargó la mano y tocó levemente la cabeza de Clara. Como si pensase que estaba fuera de lugar otra caricia después de haber contado esa historia o de haber recordado esas favelas.

Clara tocó su mano mientras se decía que le hubiera gustado a ella contar aquella historia.

Ibrahim se había quedado pensativo. Una sombra de dolor había aparecido tras sus ojos y se había extendido desde éstos como una hiedra negra sobre su rostro. Dejando una expresión arrugada y sufriente. Era su máscara habitual de niño envejecido.

No le importaban las arrugas. Le importaba que las sombras de sus ojos terminaran hundiéndoselos en el fondo de su cabeza. Como si fueran dos disparos de bala, dos pozos de oscura tristeza. No. Tampoco le importaba eso exactamente. Temía que esos latigazos de bilis negra que le subían del alma borraran el blanco y hasta el iris de sus ojos. Temía que se le borrasen los colores de los ojos y que así no pudiera seguir haciendo honor a uno de los pocos cumplidos que le habían dirigido en su vida: Que tenía unos ojos preciosos, entre marrones y dorados, como de madera y oro.

Ibrahim había imaginado la angustia del simio. Había imaginado su dolor. Y seguía sintiéndolo. Y a raíz de esa historia, desde un mismo elemento en común, la carne torturada y encerrada, los gritos de dolor que no se escuchaban, se le ocurrió otra. Otra historia de dolor. Tardó décimas de segundo en concebirla. La musa le sorprendió trabajando.

Ibrahim no se sorprendió. Se conocía bien. Sabía que su musa traía siempre lágrimas en los ojos. Y un látigo formado por un ramillete de ortigas. Y la intención de golpear su espalda en carne viva, doblada, trabajando sobre el surco de un campo, de un descampado, de dolor. Era su manera de producir cosas. De parir historias.

-Y tú, ¿qué? -sonrió Juan a Ibrahim.

-Sí -murmuró- Érase una vez una hermosa ciudad de palacios de mármol y suburbios de ladrillo entre dos estados imperialistas. Era una ciudad independiente, cosmopolita y sufrida. Los dueños de la ciudad seguían siendo los mismos pero en los últimos cien años había pasado una docena de veces de Polonia a Alemania, de Alemania a Polonia. Ahora era independiente merced a un acuerdo de paz que estaba propiciando una nueva guerra. En esa ciudad había un poeta que se llamaba Mühsen. Daba clases de literatura y lengua en la Universidad Independiente. Ni entonces era ni ahora es muy conocido en Alemania, ni en Polonia, ni siquiera en su ciudad aunque tiene una plaza con su nombre.

Suspiró. Para tomar aire. Parecía que lo anterior lo había recitado sin respirar. En un tono monótono pero que iba ganando en profundidad, en emo-

ción. Como un hilo de agua que termina labrando el Cañón del Colorado.

-Una plaza pequeñita. Uno de sus lados es el muro de ladrillos de la casa de al lado. Tiene tres árboles que dan bastante sombra y un banco bajo cada árbol. Le hubiera gustado mucho -hizo una pausa microscópica para que se pudiera hacer el esfuerzo de imaginar el pequeño parque- Es el destino de la mayoría de los poetas. Si preguntaras en Alemania, Polonia y España el nombre de quince, quizá de diez poetas vivos, el ochenta por ciento, quizá más, de la población no sabría contestar o contestaría con algún poeta muerto. De Mühsen no se acuerdan de él ni estando muerto. No sale en las enciclopedias, no es mencionado en la historia oficial de poetas oficiales. Incluso de los muertos que se convierten en oficiales, a los que hacen homenajes, porque pueden revolverse en la tumba pero no pueden protestar. La historia dice que podría no haber existido. Pero yo puedo prestarte dos libros suyos.

Un mendigo de largos cabellos y barbas blancas pasó a su lado a paso rápido. Apenas les dirigió una mirada pero Ibrahim busco y encontró sus ojos. Fue una señal que duró un instante. Era como si el espíritu del poeta hubiera sido convocado y se hubiera pasado a comprobar si su historia era narrada correctamente.

-Los críticos decían que escribía poesía sencilla, demasiado sencilla, no antigua pero tampoco modernista. Que escribía, en definitiva, para adolescentes enamoradizos y criadas de provincias. Mühsen nunca dijo que pretendiera hacer otra cosa

que escribir poesía. Era, según creo, un hombre apacible. Es casi seguro que, como Kant, no hubiera salido jamás de la ciudad. Es de suponer que fue de los primeros en darse cuenta cómo cambiaban los vientos y cómo se habían ido gestando. Cómo los nazis no habían aparecido de repente y se habían hecho con el poder en Alemania por casualidad y se habían anexionado la ciudad sin esfuerzo. Gran cantidad de gente, los bienpensantes, los siempre asustados burgueses, las autoridades sonrientes, todos habían acudido felices al desfile. Por la otra puerta huía la gente de verdad. Los pobres, los gitanos, la minoría perseguida sea cual sea. El viejo poeta temía la noche que se avecinaba. Porque él era de los que debían temer a la noche. Mühsen no era judío pero no eran tiempos de matices. Había sido criado en esa fe aunque la dejara. Al viejo poeta le constaba que todos los dioses eran mezquinos y crueles como los hombres que los habían hecho a su medida. Él no era mezquino, ni cruel. Se miraba al espejo todas las mañanas y no necesitaba dioses. No tenía que justificarse nada. No temía nada y andaba sin miedo por la calle. No necesitaba a la policía y cuando veía tanta por la calle y tanta gente pidiendo más era cuando sentía miedo. Cuando terminaban los desfiles o la pareja de policías doblaba la esquina dejaba de tener miedo porque sabía que era cuando estaba seguro de que no le iba a pasar nada. Me gustaría haber conocido a ese hombre -Juan y Clara miraron a Ibrahim. Su expresión era dura. Sus ojos llameaban- Empezaron las redadas. Empezaron las persecuciones. Alemania invadió los Sudetes. La guerra estaba

a punto de empezar. Aconsejaron al viejo profesor que abandonara la ciudad. Había sido colaborador de Leibnecket y Rosa Luxemburgo. Su nombre era de los primeros de la lista. Le dijeron que fuera a Suecia que era un país neutral. Le proporcionarían los papeles y el billete. Varios alumnos suyos del Partido, aunque el viejo profesor ya no tenía carné, irían al puerto a cerciorarse de que cogía el barco. Al final sólo pudo ir uno de ellos. A los otros les habían detenido. El joven alumno se llamaba Mathias Ruther. Además de comunista y homosexual también era poeta. El muelle estaba lleno de soldados embarcando y desembarcando, cantidad de policía, de gente trayendo y llevando mercancías, gente tratando de huir... Era muy peligroso estar allí pero cuando Mühsen le vio allí el viejo profesor comprendió lo que tenía que hacer. Le dio el billete y el pasaporte. Le convenció de que subiera él al barco. Ruther era joven. Tenía la vida por delante. Él había vivido suficiente. Había hecho lo que tenía que hacer. Había plantado muchos árboles, había escrito algunos libros, había hecho lo posible por la emancipación de los pueblos, había imbuido el amor a la poesía a algunas personas de distintas generaciones como profesor. Había tenido un hijo pero murió de niño. Había terminado su tiempo. El alumno comprendió que su maestro no era de los que se exiliaban. Era, quizás, de los que no podían hacer otra cosa que quedarse y resistir. De los que prefieren cambiar la realidad sin cambiar ellos.

Ibrahim guardó silencio como si hubiera estado en ese puerto y hubiera contemplado aquella des-

pedida. Como si hubiera estado a las espaldas de aquel anciano que Clara imaginaba con los rasgos de Hemingway y Juan con las de alguien íntegro y corpulento. Ibrahim lo veía como una figura amable.

-Gracias a su alumno, que llegó a Inglaterra, se publicaron las obras completas de Mühsen después de la guerra -suspiró-. El poeta volvió a su casa a fingir que no pasaba nada. Al día siguiente se lo llevó la policía política nazi. A un teatro que habían convertido en su cuartel general. En sus sótanos le torturaron. A él y a muchos otros. Hay hoy una placa en ese teatro. Se estima que fueron unas tres mil personas las que pasaron por allí y unas ochocientas las que murieron. Sólo Mühsen tiene una plaza. Bueno. Le arrancaron las uñas, le machacaron los nudillos. Le ataron una pluma con alambre y le dijeron que les escribiera algo. Le dijeron que la universidad estaba ardiendo, que sus libros estaban ardiendo. Que habían capturado a todos sus camaradas. El poeta era viejo. Se desmayaba a cada minuto. Había un doctor en el interrogatorio y velaba por que no le mataran para que la tortura durara más. Había al menos ocho personas entre alemanes y gente de la ciudad. Los de la ciudad no podían llamarse personas porque eran policías que se habían pasado a la Gestapo sin demasiadas dudas y los otros tampoco eran exactamente personas. También habían sido policías en Alemania adscritos al partido nazi desde su fundación. Hay un informe del interrogatorio de esa noche y varias declaraciones posteriores de algunos de los que participaron esa noche y las siguientes en el interrogatorio de Mühsen. Y se acuerdan con tantos detalles por-

que sucedió algo. Fueron un par de días los que estuvieron torturando y humillando al viejo profesor. Ya sabían que no sabía nada. No es ese el objeto de la tortura. Al tercero se les ocurrió algo refinado y enfermizo. Iban a matarle. Pero de un modo espectacular. De un circo de zíngaros que habían mandado a un campo de concentración se habían incautado de una vieja gorila. Estaba en muy malas condiciones y en peores la dejaron. Le dieron una paliza con cadenas y le sacaron un ojo. La volvieron loca de dolor. Y la metieron en la celda con Mühsen. Para que desrozara al viejo poeta que estaba tendido en el suelo sangrando, roto, desnudo. Los nazis se peleaban por mirar a través de la ventana de la celda. Para ver a la fiera desmembrar al viejo. La gorila vio aquél bullo, aquél cuerpo tan roto y lleno de sangre como el suyo y en vez de machacarle lo recogió del suelo, lo llevó a un rincón y lo protegió con su cuerpo. Como era la más fuerte le defendería. Los nazis se quedaron de piedra. Y se pusieron muy furiosos. Como sucede cuando las almas estúpidas y miserables no pueden comprender. O cuando están asustadas. Y aquello les había asustado mucho. Eran conscientes de que habían contemplado algo. Algo que sabían perfectamente lo que era. Algo que les negaba a ellos. Algo que les sacaba de la realidad. Algo que les decía que eran un fraude. Que morirían y serían olvidados. Que estaban negando algo que era evidente y la mentira no se sostendría durante mucho tiempo. Entraron en la celda y acribillaron a la gorila y de paso al anciano poeta. Y como una burla les enterraron a los dos juntos, atados, en una fosa común. "Casaos, sed felí-

ces. Sois iguales, iguales. Venid, venid a la boda de los dos monos", dice uno de los testigos que gritaban -Ibrahim miró a Juan y a Clara-. Y esa, precisamente, es la moraleja. Aplicar la ley del más fuerte es ser olvidado.

Miró a los árboles y después cerró los ojos para recibir la brisa fresca. La guerra terminó. Y Mühsen ganó. Setenta y tantos años después de su muerte aquí estamos hablando de él y contando su historia. Su memoria está permanentemente ligada a algo hermoso. La de los otros ni la mencionaremos. Si antes no existió Mühsen ahora existe -sonrió, se diría que luminosamente- La gorila se llamaba Eve.

JAVIER ROMÁN MÍNGUEZ

Nací en Valladolid en el año 1973. En los últimos diez años he estado viajando por distintos lugares de Estados Unidos y de Europa. Estudié económicas, pero en el último año he dado un giro hacia las letras, y estoy simultaneando el trabajo con el estudio de la licenciatura de Traducción e Interpretación en la Complutense. Vivo en Aranjuez, donde disfruto de la tranquilidad y la belleza de su paisaje. Este cuento es el primero que escribo y que presento a un concurso.



MI VIDA

La oscuridad de la noche lo inunda todo, incluyendo mi alma y mi entendimiento.

En medio de las tinieblas surge el grito sordo de la lujuria, abriéndose camino con furia entre mi confusión. Entonces me acuerdo de ella. De mi vida. De su cuerpo. Sus piernas. De la generosidad con la que se entregaba a mí siempre que pasábamos la noche juntos. Vuelven a mi mente, como pájaros que regresan después de varios días perdidos, los vivos recuerdos. El sabor de sus labios, de su lengua. El sonido de su voz. La energía de sus ojos. Y sobre todo, su piel. El tacto de su piel. Su respiración acelerada al rozarla suavemente. Su olor. Su olor sólo suyo.

Tras ahogar mis dudas, cojo el teléfono y llamo a mi vida. Le digo:

-¿Puedes verme esta noche?

Guarda silencio un momento, como si contuviese su alegría, y a continuación me dice:

-No sabes lo contenta que estoy de que me llames. ¡Claro que puedo verte! No me importa arriesgarme a que me descubran. Lo único que quiero es

estar contigo. Quiero abrazarte. Mi amor. ¿Dónde estás? ¿Dónde nos vemos? ¿Dónde siempre?

Al escuchar su voz, siento una tremenda excitación. Sus susurros en el teléfono, y su respiración intensa me llenan de emoción. Al escucharla, empiezo a anticipar la sensación de mi mano tocando su cuerpo. Le contesto:

-Sí, en el hotel de siempre. Te espero en la habitación.

Cuelgo y a continuación llamo al hotel. Reservo la habitación de siempre. Como si el número de otra habitación pudiese romper la magia de otras noches. Tal vez engañándome y creyendo que esa habitación es como nuestra pequeña casa. Como si nadie durmiese allí cuando ella y yo no estamos.

Pido un taxi y salgo a la calle a esperarlo. Es una noche tranquila. Es lógico, casi todo el mundo se ha marchado de vacaciones. Me agrada la sensación de que la ciudad sea casi para mí solo. No hace demasiado frío. Llega el taxi. Al hotel. No hay tráfico. Así da gusto. La noche me protege. Parece que este taxi también me protege. Este conductor, sin saberlo, maneja mi vida, me conduce hacia mi destino. Hablo con él. Como si nos conociéramos desde hace tiempo. Hablamos de la vida, de la tranquilidad de las ciudades pequeñas comparado con esta bulliosa capital. Filosofías. Esto empieza bien.

Llego al hotel. En la recepción está el chico de siempre. Ya me conoce. Me da la llave y me dirijo a la habitación. No me ha visto nadie. Entro en el ascensor. Primera planta, segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta, séptima. Séptima planta.

Ya en la habitación, sólo pienso en ella. Estoy deseando que llegue. Abro la ventana y vigilo desde arriba la entrada del hotel, esperando ver llegar su taxi. Me siento tranquilo. Siempre me encuentro tranquilo aquí. ¿Qué realidad es más auténtica, ésta o la otra, o quizás ninguna de ellas sean reales? Aparece un taxi. Se abre la puerta. Allí está ella. Serena. Discreta. Parece como si me mirara ahora. Ya no queda nada de tiempo. En apenas unos minutos estará conmigo. Podré tocarla, olerla, abrazarla. Abro el minibar. Dos cervezas. El ritual está funcionando. Todo está preparado. Suenan los golpecitos en la puerta. Mi vida ya está aquí.

Me abraza fuertemente. Luego se dirige a la ventana y baja la persiana un poco, lo justo para que entre algo de luz. Deshace la cama. Al hacerlo se marcan sus piernas en el pantalón. Me gusta verla.

Ya en la cama, nuestros cuerpos revolotean el uno sobre el otro, se enlazan, y se sumergen juntos en un océano de sudor, carne, miradas y suspiros. Penetro en su alma.

Más tarde, caemos rendidos. Me dice que la abrace fuerte. Más fuerte. Que le haga daño. Ahora somos uno. Estamos fundidos. Sus suspiros son mis suspiros. Sus miedos, mis miedos. Nuestra piel es una. Ella está como asustada, como indefensa. Yo lo único que puedo hacer es abrazarla. Apoyamos nuestras cabezas sobre la almohada, y nos miramos. Nuestros ojos están concentrados en los ojos del otro. No existe ninguna realidad fuera de nuestras pupilas. No necesitamos decir nada. Todo está aquí. En nuestros ojos. Nuestra vida, nuestro mundo, la

energía del universo. Hablamos de vez en cuando. Nos quedamos dormidos.

Al rato me despierto suavemente y su cabeza está apoyada en mi pecho. Su respiración tranquila me roza la piel intermitentemente. Mi niña duerme. Me vuelvo a quedar dormido.

Pasadas unas horas me despierto. La luz entra por el hueco dejado por la persiana. Ella no está. Otras veces nos despertábamos juntos a última hora de la mañana, con su brazo en mi cintura, o con su pierna entrelazada en la mía. Pero, hoy, ¿dónde está? Me levanto, y voy al baño. No está. Me visto, recojo mis cosas y bajo apresurado a recepción. Pregunto si la han visto salir. Nada. Pago el hotel y salgo a la calle.

Fuera hay una luz muy fuerte que me ciega. No hay nadie. ¿Dónde están los coches? Tan sólo se escuchan algunos pájaros. Todo es silencio. Un silencio que resulta en una armonía suave. La intensa luz no me produce un calor sofocante, sino al contrario una agradable sensación de paz.

Al fondo de la calle, aparece un puntito blanco. Alguien que se acerca despacio. ¿Quién es? ¿Es la única persona que se ha levantado hoy? Intento distinguirla. Es una mujer. Camina envuelta en un manto blanco. Continúa acercándose. ¿Se dirige hacia mí? Entre su manto se distingue su delicada figura. Anda sin esfuerzo, con una cadencia previsible. Es una mujer muy guapa. ¿Me está mirando? ¿A mí? Sí, me mira fijamente. Se acerca y no quita la vista de mí. Ya está a sólo unos metros. ¿Acaso la conozco? Se muestra seria. Seria pero serena. Me mira contrariada. Me besa en la mejilla y me dice:

-Soy tu esposa, la muerte.

Se me saltan las lágrimas. Siento un nudo en la garganta. No sé que decir.

-No digas nada. Lo sé todo. Todo este tiempo te he estado esperando. Como no volvías, un día, cansada de esperarte, decidí salir a buscarte. Por fin te he encontrado.

Me mira algo menos contrariada y me dice:

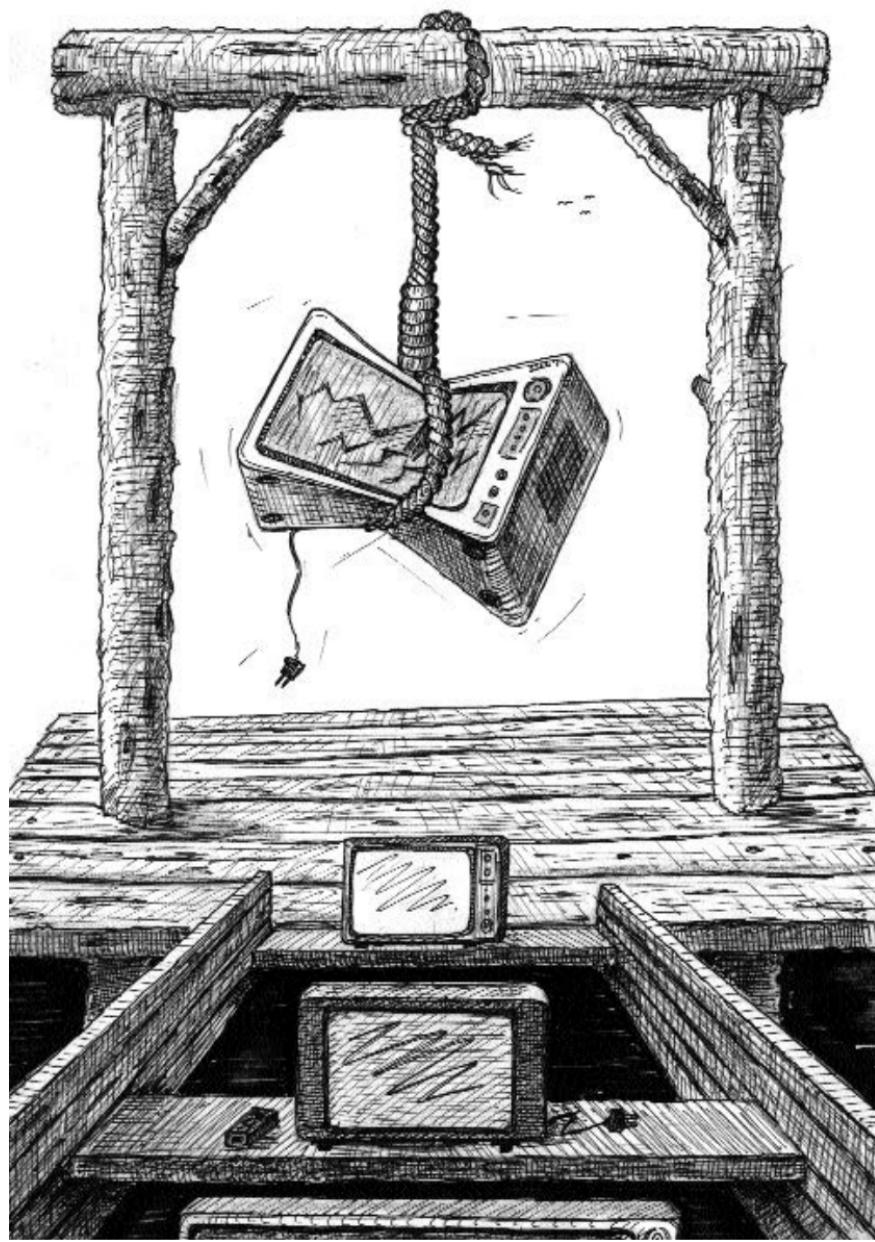
-Vamos a casa.

Y así lloro con mi esposa, la muerte, las risas de mi amante, la vida.

JAVIER MILLÁN MAINAR

Nace siendo muy pequeño, a la temprana edad de cero años en el hospital de la mutua de accidentes. Se expandió físicamente hasta los catorce años, a partir de este momento su expansión es únicamente intelectual y sigue en ello.

Prolífero cuentacuentos y escritor de relatos fantásticos que pretenden conseguir que las personas disfruten y reflexionen.



I LOVE TV

La noche destilaba gotas de sudor alimentando charcos bajo la masa liposa de los cuerpos. Los mosquitos levantaban diminutos volcanes en la geografía epidérmica de sus víctimas, alentados por el zumbido estridente de sus trompetas. La luz de las farolas se colaba indiscreta por las ventanas de los dormitorios, haciendo más penoso e insoportable el descanso nocturno.

La señora Handsome se despertó sobresaltada, esta noche había sido, sin duda, la más calurosa de todo el verano. Gracias a "Sueños felices" (un fármaco que, disuelto en agua o cualquier otro líquido, asegura dormir de un tirón hasta en las condiciones más extremas. De venta en farmacias, sin receta médica) ella y su familia podían conciliar el sueño.

Saltó de la pegajosa cama, en la que aún roncaba Fred, su esquelético marido. Sudaba tanto el pobre, que ella temía quedarse viuda por evapotranspiración conyugal. Se encaminó a la ducha con la intención de paliar su sofoco en un baño de agua fría.

La puerta entreabierta del salón le permitió ver el estado de anarquía reinante en los muebles, revis-

tas, y otros elementos como bolsas de patatas, botes de mostaza y kep-chup esparcidos por encima y debajo de la mesa. Fredy, el menor de los dos hijos con los que Dios había santificado el matrimonio Handsome-Monroe, golfo reconocido, no sólo por sus padres sino por buena parte del vecindario y ratificado por el comisario Smity, solía dejar en tan lamentable estado cualquier salón que tuviera la desgracia de acogerlo tras una de sus cotidianas borracheras nocturnas.

Linda, así se hacía llamar la señora Handsome, no vio en ello nada extraño. Entró en el cuarto de aseo, abrió la llave del agua fría, se despojó del sudado camisón, y ofreció a sus abundantes y sofocadas carnes una ducha tonificante y reconciliadora con los calores estivales.

Esta noche no había dormido bien, ni siquiera el somnífero prodigioso pudo darle la tranquilidad que necesitaba. En la cena de hoy tendría que poner doble dosis, no para Fred y Rossy (su hija) pues con la cantidad actual tenía serios problemas para despertarlos, y Fred casi pierde una mano en el trabajo por quedarse dormido. Respecto a Fredy, no necesitaba ningún somnífero extra, ya se encargaba el alcohol de proporcionarle el sopor necesario para contrarrestar calor, mosquitos, luz de farolas y gritos de su enfurecida madre.

Salió de la ducha con actitud renovada frente a la vida. Se miró en el espejo en toda su inmensa desnudez, hoy se sentía atractiva, hasta se permitió el lujo de posar, para ella misma, con dos o tres posturas provocativas que le hicieron emitir un chillidito risueño, bien parecido al de un rata.

Desde luego, todas las series televisivas presentan como modelo mujeres delgadas de pechos generosos y piernas torneadas. Ella no era así y solía deprimirse por ello, pero no podía pasar un sólo día sin ver las siete series que diariamente, y en distintas cadenas mostraban al conformado televidente, chicas de este aspecto, inmersas en una trama tan soez y repetitiva que cuando Linda comentaba, en la peluquería, el capítulo del día ni ella ni sus contemporáneas sabían a cuál de todas las series se hacía referencia.

Salió del baño y encaminó sus pasos hacia el salón, eran las ocho menos cinco de la mañana. Quería ver el programa concurso "La media manzana" que empezaba a las ocho en punto, tras el avance informativo de la tercera cadena. Entró en "la capilla de la mass-media", murmurando lo mucho que se había pasado esta noche Fredy desordenando todo. Iba agachada recogiendo esta revista de programación semanal, esa zapatilla de deporte, aquella bolsa de cacahuetes. Iba mecánicamente acercándose al televisor. Cuando se encontró frente a las patas del mueble que lo sustentaba, Linda levantó la cabeza y dejó salir de su garganta un grito digno de cualquier película de terror. La circunstancia no era para menos, ¡alguien había matado al televisor!

La escena era terrible, el pobre televisor yacía encima del mueble con un cojín atado a la pantalla. La muerte le sobrevino por asfixia, claro, el pobre no tenía brazos ni manos para deshacerse de tan mortal compañero.

La señora Handsome se quedó petrificada, estuvo un buen rato gimoteando, no sabía que hacer.

Cuando se serenó y puso en funcionamiento su simple aparato deductivo, empezó a indagar sobre quién habría cometido tan desnaturalizado crimen. Pudo ser su marido, pensó, pues ella siempre se acostaba tras ver el último culebrón de la primera cadena, y para entonces al pobre Fred ya le había hecho efecto "Sueños felices". Dejó de sospechar de él precisamente por este motivo, le ponía demasiada dosis como para despertarse por las noches. Rossy estaba descartada, aunque odiaba las series que veía su madre, ella se entretenía con los video clips y programas musicales. No, Rossy nunca haría nada que perjudicara al televisor. Sólo quedaba el "golfo" de Fredy, pero..., pensándolo mejor, él tampoco podía ser, ¿quéería de él sin sus programas de deportes, la lucha libre, el boxeo, las motos?

Desató con cuidado el cojín del televisor, ¡era terrible! lo habían matado con su cojín preferido, en el que apoyaba los pies cuando se disponía a recibir todo el acervo cultural de los anuncios, concursos, programas y telenovelas, todo, en suma, que daba sentido a su monocroma vida. Ese cojín estaba manchado con la culpa, y ella no podría reposar sus doleridos talones sin sentir un escalofrío mortal que le recordara tan desdichado día.

Guardó el objeto homicida en el cuarto trastero y se dispuso a llamar a todos los miembros de la familia para darles la mala noticia: Algun forastero había asesinado a su televisión.

Sonó el teléfono poco después de salir del trastero, uno, dos, tres timbrazos. Era el comisario Smity, quería saber si Fredy había pasado la noche en

casa. Linda miró en la habitación de su hijo, estaba roncando como un auténtico cerdo. Por la cantidad de latas de cerveza esparcidas por el suelo y el profundo sueño de Fredy podía asegurar que éste había pasado toda la noche en casa.

El comisario le creyó, pues aunque el amor de madre es capaz de cualquier cosa, la señora Handsome era creyente y respetaba las leyes. Y sobre todo porque si dudaba de su palabra, el íntegro comisario Smity tendría que buscarse otra cama donde pasar las rondas nocturnas.

Linda preguntó cuál era el motivo para interesarse por Fredy, ¿qué se suponía había hecho?

El comisario había recibido en menos de media hora nueve llamadas denunciando el asesinato de televisores, todos mediante la técnica de la asfixia. La señora Handsome completó la información suponiendo que el arma utilizada había sido un cojín.

El pueblo estaba colapsado, casi la mitad de la población no podía ver la televisión por culpa de un peligroso maníático. Los que habían sufrido el percance sospechaban del resto del pueblo. Los que aún podían ver la TV sospechaban unos de otros. Las dos noches siguientes nadie durmió (¡pobres, justo cuando refrescó y las sábanas eran gratas compañeras!). El asesino de televisores no dio señales de vida, pero el comisario estaba seguro que este tipo de maníacos no hacen trabajos aislados, tarde o temprano necesitaría volver a cometer otro crimen. "Necesitaban un buen sueño para un pez tan peligroso y escurridizo".

La señora Handsome ofreció su casa como escenario para capturar al maníaco. Compraron,

entre el departamento de policía, el ayuntamiento y la sociedad de mujeres defensoras de la moral y el orden, una TV de 58", sonido estéreo, teletexto, 1.200 líneas, pantalla plana y tubo de imagen negro. Era realmente tentador para cualquier psicópata asesino de TV.

Esa noche "Sueños felices" descansó en su frasco, toda la familia Handsome quería contribuir a la captura del "monstruo". Smity y su ayudante también estaban en el escenario de la trampa. Pasó la noche sin pena ni gloria, el "desnaturalizado" no acudió a la cita, al menos a esa, pues en el otro extremo del pueblo tres amas de casa descubrieron, al ir a ver el serial del canal cuatro, que sus televisores habían muerto asesinados con la técnica del cojín.

La noticia salió rápidamente de las fronteras locales, todo el país conocía ya el caso del "asesino del cojín". Las cadenas de TV se movilizaron al lugar de los sucesos entrevistando a todos y cada uno de los perjudicados. Nadie sospechaba de nadie, al menos abiertamente, pero la realidad es que todos desconfiaban de su vecino.

El comisario Smity fue requerido en audiencia por el alcalde, la situación había llegado demasiado lejos. El pueblo necesitaba la tranquilidad anterior a los sucesos. Tenía cuarenta y ocho horas para capturar al culpable, en caso contrario habría que tomar medidas de urgencia.

Smity indagó en la vida de cada uno de los habitantes del pueblo: enfermedades mentales, rencillas entre sus antepasados, envidias, líos de faldas... Ya no sabía que denominador común buscar. Fue la

casualidad o la conversación con Fred Handsome lo que le mostró una constante. Todos veían la TV más de tres horas al día. Ningún vecino que dedicara menos tiempo a tan improductivo menester había sufrido percance alguno su TV.

El tiempo iba pasando, y aunque el comisario tenía una pista sólida, el alcalde quería hechos, no suposiciones, y era hombre de una sola palabra, "cuarenta y ocho horas".

Despuntaba la última noche del plazo, antes del amanecer el culpable tenía que estar detenido. El pueblo al completo estaba alerta. Linda, Fred, Rossy y Fredy tomaron anfetaminas para permanecer despiertos y descalabrar con sus potentes bastos al asesino del cojín.

En el hospital estaban desbordados, cada hora entraba algún vecino con la cabeza abierta, con los dientes saltados, o con cualquier otro tipo de magulladura. Tan deseosos estaban todos los habitantes del pueblo de capturar al "rompe teles" que aguardaban apostados en las sombras esperando que pasara el asesino, y claro, cada vez que alguien se movía de su escondite aparecía otro justiciero desbocado que la emprendía a palos sin mediar palabra.

Hacia las cuatro y media de la madrugada el comisario, desde su jeep, ordenó a todos los colaboradores espontáneos, que aún quedaban sanos, se fueran a sus casas, pues el director del hospital amenazaba con llamar al ejército si no se remediaba la situación.

La esfera dorada bailaba entre los cables del telégrafo, vibrando sol en horizonte: el plazo había

terminado. El "desnaturalizado" seguía libre, y para colmo, el televisor del alcalde yacía con un cojín atado a la pantalla en el balcón del ayuntamiento.

La medida de urgencia no se hizo esperar. Con todos los votos a favor, el consistorio aprobó la idea de buscar un culpable y darle castigo público. Sólo así el pueblo descansaría tranquilo, y mientras, se intentaría localizar al verdadero asesino, en el supuesto de que, visto lo ocurrido con el falso, le quedaran ganas de seguir "jodiendo" televisores.

Después de barajar algunos candidatos, quedaron para la gran final Fredy por su fama reconocida de golfo y el señor maestro, personaje oscuro para la comunidad, sin amigos, amante de la naturaleza, los libros y, muy importante, no veía la TV.

Fredy se salvó gracias a la influencia que su madre tenía sobre Smity, que naturalmente votó en contra de cargarle el muerto al "pobre" Fredy. Así que sólo quedaba el maestro. En un principio algunos de los concejales querían retirar la candidatura de este infeliz, pero la decisión del alcalde fue definitiva, culpaba al señor Jacob Weizsäckcer, maestro del pueblo. De esta manera "mataba dos pájaros de un tiro", por un lado capturaba al presunto asesino de televisores, calmando la opinión pública, por otro, conseguía vengarse del señor Weizsäckcer por tratar discriminadamente a su hijo, (absoluto degenerado e inútil de ideas maníaco-obsesivas, según el test psicológico del centro).

No se discutió más, el maestro fue prendido y juzgado, nadie lo defendió. Al día siguiente fue apaleado en la plaza por todos los habitantes del pueblo.

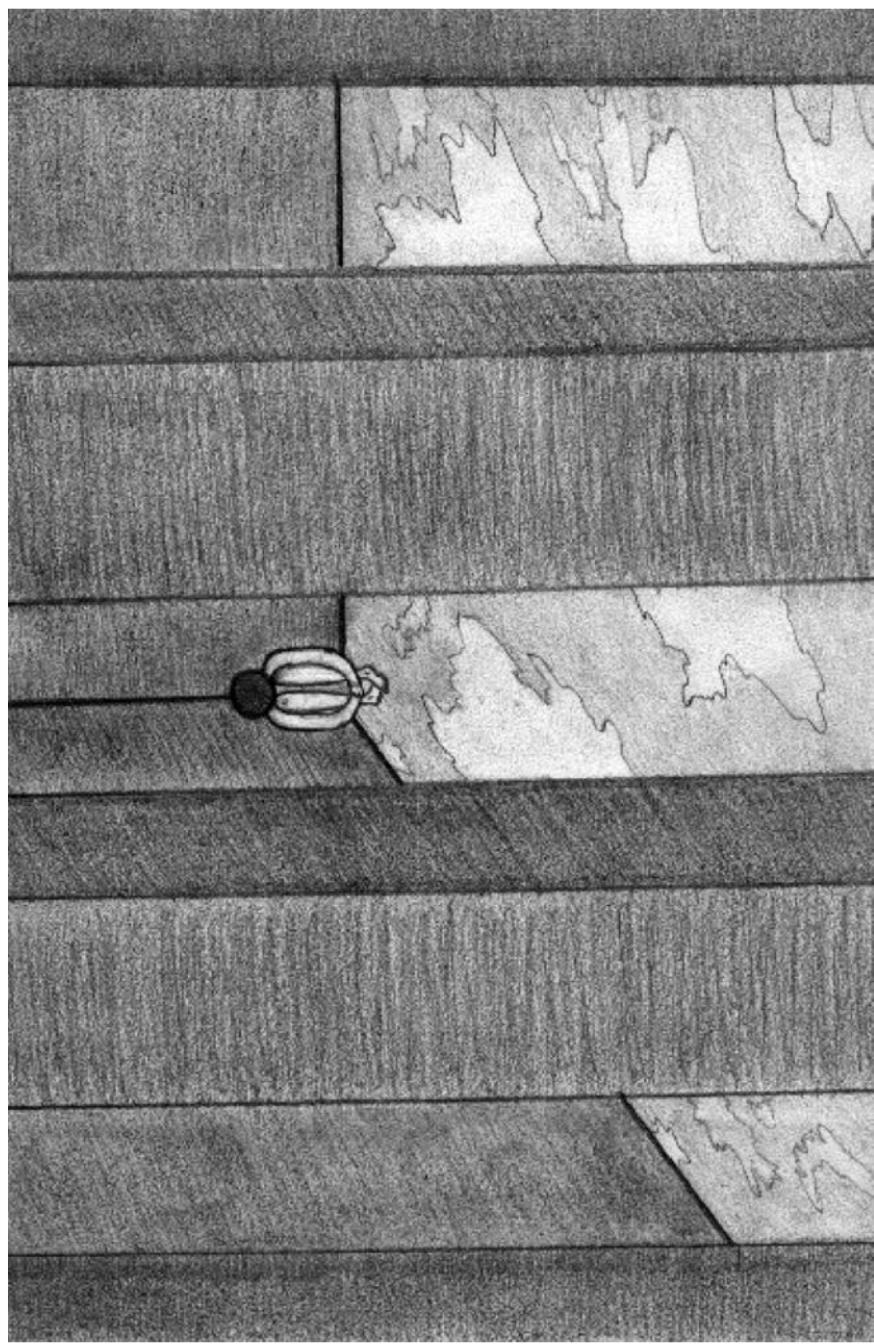
Unos le pegaban seguros de que era él el asesino, otros en represalia por los golpes recibidos la noche de la captura, otros por gusto ¿qué se siente cuando le crujen los huesos a una persona?, y el grito de dolor ¿es como en la televisión?, ahora lo podían comprobar. La que más disfrutó pegándole fue la señora Handsome, ¡casi le hacen esto a su pobre Fredy!

El tiempo pasó y no hubo más televisiones asfixiadas. La verdad es que me da mucho miedo que me descubran y hagan conmigo lo que mi padre, el alcalde, hizo con mi repugnante maestro.

IGNACIO LAHUERTA LEAL

Nacho Lahuerta nació en Valencia el 1 de agosto de 1978. Para bien o para mal (nunca se sabe), su historial académico es intachable: terminó el bachillerato con sobresaliente de media (y matrícula de honor en COU) y cuatro años después ya era licenciado en Comunicación Audiovisual. Sin embargo, tanto éxito curricular habría de cobrarse por fuerza una notable contraprestación: cuando terminó sus estudios, el sujeto en cuestión había perdido la ilusión por el periodismo, que fue lo que le movió a cursar dicha licenciatura, y como no veía otra forma de ser consecuente con sus ideas, decidió que en adelante sólo escribiría para contar la verdad. Era consciente de que así perdía toda posibilidad de inserción laboral en el mundo de los mass-media, de que, en consecuencia, no le iba a quedar otro remedio que trabajar en algo más duro, pero no tuvo dudas: prefería decir verdades gratis que proferir mentiras lujosamente pagadas. Si acertó o no en su decisión, sólo el

tiempo lo dirá. De momento, lo único cierto es que sigue escribiendo, y todo parece indicar que lo hará mientras haya historias que deban ser contadas, mientras haya gente que las padezca, las sufra, las muera y no pueda defenderse.



MUERTE ANUNCIADA

*Dedicado a Soriano Ortega,
asesinado en la cárcel de Picassent
el 25 de abril de 2002*

El día en que lo iban a matar, Severiano García se levantó temprano, entre otras cosas porque en la cárcel a uno le obligan a madrugar, aunque no tenga otra cosa que hacer en todo el día que estar preso. A él, además, la vida entre barrotes le había vuelto abúlico, y por lo tanto no le esperaba ninguna faena sin retribución; su única obligación era aguardar a que vinieran a matarle.

Su sentencia de muerte había sido firmada una semana antes por la dirección del centro penitenciario. Pero no, no es lo que están pensando. La masificación imperante hizo sopesar a más de un funcionario de prisiones drásticas soluciones, pero al final se impuso la benevolencia de los otros y se limitaron a reubicar a unos cuantos reclusos. El problema vino después, cuando se olvidaron de, como es preceptivo, echarle un vistazo a los expedientes. De resultas de esta negligencia, no tuvieron en cuenta que en el módulo 10 -al que, en virtud de las medidas adoptadas, se trasladaba a Severiano García- estaba recluido Manuel Morán, el preso que, no mucho tiempo antes, había jurado matarle.

¿El motivo? Pues que Severiano García había testificado en su contra, y eso era algo que Morán no podía dejar impune, por muchas torturas o coacciones que hubieran precedido a la delación. Por culpa de García ahora él estaba en el trullo, y en su mente no cabía otro proyecto que la venganza. No tenía ninguna prisa por reparar el agravio, pero estaba resuelto a hacerlo, más tarde o más temprano. De hecho, si algo le ayudaba a soportar la perspectiva del presidio era la idea de ver a Severiano García cosido a puñaladas algún día. Todo lo que hacía lo hacía pensando en el fatídico momento, cuando por fin se encontrara con García frente a frente.

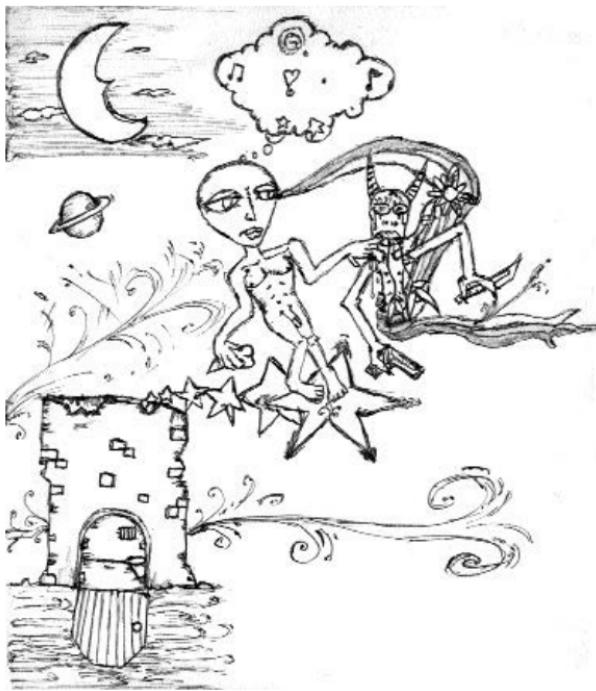
Que Morán se la tenía jurada a García lo sabían todos en la cárcel, y, por supuesto, también lo sabían los carceleros. Por eso cuando entró se tuvo la precaución de declararlos incompatibles, lo cual significaba que debían permanecer bien lejos el uno del otro, y que bajo ningún concepto podían coincidir en un mismo espacio. Era cosa sabida -y de pregonarlo ya se encargaba el vengador- que lo iba a matar en cuanto lo tuviera delante, y, de entre todos, el que más seguro estaba era el propio Severiano García, que conocía mejor que nadie a Morán, y por eso sabía que no le temblaba el pulso al dar muerte. Lo que no sabía cuando entraron a la joyería era que la pistola con la que amenazaba Morán al dependiente era de verdad, puesto que días antes habían quedado en que las llevarían de pega, sólo para amedrentar. Sin embargo, los planes de su compañero eran bien distintos, y eso que a aquél no le acuciaba el mono, la necesidad de una dosis inmediata. Apretó el gati-

llo casi por capricho, cuando ya tenían lo que querían, y todo porque aquel hombre le dijo que era escoria. Y luego quisieron cargarle esa muerte a Severiano, que en su débil estado fue incapaz de huir, paralizado como estaba por el miedo y la vergüenza. Ya en comisaría, le golpearon y humillaron hasta que dijo la verdad, que no era otra que Morán había disparado la pistola.

Tenían que estar separados, pues, y así los tuvieron durante los primeros meses de encarcelamiento conjunto; García en una punta de la cárcel y el hombre que juraba y perjuraba que iba a matarle en otra. Y aun así, Severiano García había ido muriendo poco a poco sin necesidad de que nadie se manchara las manos con su sangre, y cuando llegó la hora del traslado era ya poco menos que un despojo de lo que alguna vez fue. En la cárcel, como fuera de ella, abundaba la droga que reclamaban sus venas, sólo que allí dentro no se podían entrar jeringuillas, y por lo tanto era algo común que se compartieran. De este modo, Severiano García no tardó mucho en contraer la enfermedad. Cuando lo trasladaron, el SIDA ya había convertido su piel en un pellejo sucio ceñido a su esqueleto, y apenas sí podía tenerse en pie, pues sus mermadas defensas no eran suficientes para contener los múltiples virus que habían hecho de la prisión su reino. Su cuerpo estaba enfermo, pero su mente todavía más, y nadie hacía nada por sanarle al menos la esperanza, que fue lo que más maltrecho le quedó cuando le dijeron que lo trasladaban al módulo 10. No obstante, no dijo nada; ni se inmutó. Simplemente pensó que alguien había deci-

dido agilizar los trámites de su defunción, como si el trance de la muerte no resultara tan traumático para aquéllos que, como él, no han podido vivir.

Aquella noche, sin embargo, soñó que lo hacía. Se imaginó al cuidado de una masía, en el campo, entregado al cultivo de todo tipo de hortalizas, criando vacas, gallinas, ovejas y hasta algún que otro caballo, sobre cuya grupa recorría desnudo los prados al amanecer. Nada le importunaba porque vivía de lo que cultivaba y criaba, leía, daba largos paseos y, cuando le apetecía, se bañaba en el río. Todo era perfecto porque era según él lo decidía: simple y a la vez fundamental. La naturaleza proveía y él disponía. Sólo el sol le hacía agachar la mirada.



Y quizás fue gracias a ese sueño que se despertó feliz como ya ni recordaba. Y al salir a formar la cola se le vio sonreír, aunque hay quien dice que fue la sonrisa más triste que ha visto en su vida, porque de todos los que había en los pasillos él parecía ser el único que no sabía que iba a morir. "¿Así que ése es el chico?", decían algunos; "¡Pobre chaval!", comentaban otros. Pero nadie creyó necesario advertirle. Así como le ocurriera a Santiago Nasar, en el camino de Severiano García vino a cruzarse la fatalidad, aunque bien es verdad que en este caso influyeron mucho más las autoridades penitenciarias. Por otra parte, es muy probable que el aviso no hubiera podido impedir el cruel desenlace, pues bastaba mirar a los ojos al vengador para saber que había llegado la hora de Severiano García. Morán lo estaba esperando junto a la cabina de vigilancia más próxima a la salida al patio -que, casualmente, en esos momentos no tenía a nadie vigilando nada-, con una navaja de veinte centímetros de hoja mal disimulada bajo una chaqueta vaquera; en su mirada, sólo odio. Y tal como vio llegar a García le lanzó una sarta de puñaladas a cuál más violenta, la última en pleno corazón. En total fueron catorce, una por cada uno de los años a los que había sido condenado, y Severiano García las encajó todas con idéntica quietud, sin proferir el menor grito, porque no quería malgastar las pocas fuerzas que le quedaban defendiéndose de una agresión que sabía definitiva; acaso le consolaba precisamente eso: que fuera la última a la que tendría que enfrentarse. En su lugar, empleó ese último aliento en imaginarse de nuevo en su masía, lejos de

todo lo que alguna vez le hizo daño, y en esta ocasión se vio saboreando cada gota de un chaparrón inesperado. De pronto las nubes desaparecían y, por entre ellas, asomaba un hermoso arco iris. Severiano lo miraba con detenimiento y luego, recordando algo que le contaron de pequeño, echaba a correr hacia el interior del bosque, resuelto a encontrar esa cazuela repleta de monedas de oro que supuestamente le servía de nacimiento. Y corría y corría sin desfallecer durante todo la tarde, y aun después de anochecer, hasta encontrar el punto exacto de donde emergía el arco iris, y comprobaba entonces que no había cazuela ni monedas de oro. Y no sentía rencor hacia su asesino, sino más bien una profunda lástima, porque aquel hombre estaba condenado a permanecer en ese mundo del que era imagen y semejanza, en ese mundo donde hasta el arco iris era cuestión de monedas, y expuesto a ser trasladado, quizás a un módulo en el que alguien le esperaba para vengarse; que estaba, en definitiva, abocado a vivir entre rejas los mejores años. Y Severiano García no le deseó nada de esto ni aun cuando le asestaba la puñalada definitiva. Y no se lo deseó ni a su asesino ni a las autoridades penitenciarias que le habían servido en bandeja.



EDICIONES “AL MARGEN”

TÍTULOS PUBLICADOS

Nº 1 **A PALO SEKO**

J. A. Marrodán «Marro»

Nº 2 **PRIMER CERTAMEN DE CUENTOS**

Varios autores

Nº 3 **SEGUNDO CERTAMEN DE CUENTOS Y ENSAYO**

Varios autores

Nº 4 **ARTÍCULOS PEREcederos**

Antonio Pérez Collado

Nº 5 **TERCER CERTAMEN DE CUENTOS**

Varios autores

Nº 6 **BREVIARIO PARA OVEJAS NEGRAS**

Antonio Pérez Collado

Nº 7 **CUARTO CERTAMEN DE CUENTOS**

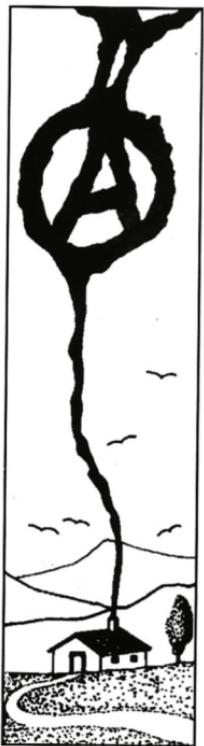
Varios autores

Nº 8 **MANERAS DE OLER LA MUERTE**
Voro Puchades

Nº 9 **QUINTO CERTAMEN DE CUENTOS**
Varios autores

Nº 10 **PEPE EL OKUPA**
Ana Ibáñez / Emilio Corzo

Nº 11 **QUERIDAS CADENAS**
Antonio Pérez Collado



EDICIONES "AL MARGEN"
Nº 12